

TAJO

¿Y ARGEL?

NUEVA YORK QUEDARIA DESTRUIDA EN UNAS HORAS



Los paracaidistas constituyen la obsesión británica, y para su defensa se adiestran los hombres en constantes prácticas.

Año III - Núm. 99

18

abril

1942

SUMARIO: HISTORIA Y GRANDEZA DEL
ALCAZAR DE TOLEDO - LA
GUERRA ANGLOSOVIETICA POR EL PETROLEO
IRANIANO - LA FUTURA GRAN OFENSIVA ALEMA-
NA Y LA AYUDA DE INGLATERRA Y LOS EE. UU. A
LA U. R. S. S. - ASPECTOS DE LA INDIA: SUS MUJE-
RES - CROACIA, EL ESTADO MAS JOVEN DE EUROPA

60 cts.

Ayuntamiento de Madrid

¿Y ARGEL?

Aunque no con la "densidad" y la frecuencia que fueran de desear, leemos de vez en cuando en la Prensa artículos que se refieren a las reivindicaciones y derechos hasta hoy preteridos que España ha de presentar sobre las tierras que forman en el Norte de África el puntal más firme del ya tambaleante Imperio colonial francés. Es útil y necesaria esa exposición pública a nuestro "gran público" de esos temas que, por desviación de la atención migratoria hacia América, de una parte, y de otra por la mola, cuando no negativa, acción de Gobiernos seudonacionales que durante años y siglos obraron en política exterior al dictado de extrañas potencias excesivamente interesadas en no dejarnos ver la Empresa Imperial que nos aguardaba a la otra orilla de ese lago español que es el Mediterráneo Occidental de Gibraltar a Mahón y de Cartagena a Mazalquivir; de esos temas, digo, que por las anotadas razones eran y son todavía en gran parte desconocidos de nuestro referido "gran público".

Salvo en la zona costera levantina, desde Almería hasta Valencia, y pese al testamento de Isabel la Católica y a la acción guerrera personal del Cardenal Cisneros y algún español más, las fuertes corrientes emigratorias españolas de los últimos siglos se han dirigido a América y en menor parte a las Islas Filipinas. De la citada zona levantina, en cambio, esa emigración se dirigió desde hace más de un siglo a Argelia, y de ésta, en los últimos lustros, se corrió a la zona francesa de Marruecos; también a esta zona, y a través y como prolongación de la nuestra, ha habido otra corriente migratoria procedente de Andalucía en los últimos tiempos.

Por diversas causas, entre las que descuella el bajo nivel que hasta fecha reciente ha tenido la enseñanza secundaria en nuestra Patria, es frecuentísimo aun entre personas que han pasado por los claustros universitarios ignorar cuánto se refiere a esas tierras que tanto nos interesan o deben interesar por infinitas razones de orden político, geográfico, militar, misionero, económico y hasta racial y de consanguinidad. Nadie negará que, salvo quienes por la especialización de sus estudios u ocupaciones hayan necesitado de su conocimiento, son poquísimos los españoles que podrían, sin pensarlo mucho ni consultar mapas, contestar a estas dos preguntas: "¿En qué vertiente, mediterránea o atlántica, se encuentran los puertos de Rabat, Argel, Tánger, Mazalquivir, Casablanca, Bugía y Orán?", y "¿Esas mismas poblaciones, ¿a cuál de estos dos países, Marruecos o Argelia, pertenecen?" Y en cambio, muchos de los que quedarían perplejos ante estas preguntas no dudarían el trazar a mano alzada un croquis de la América del Sur y de su división en naciones, con la situación aproximada de sus principales poblaciones.

Por ello, repito, es útilísimo y necesario "machacar" el tema de nuestras reivindicaciones en el Norte de África.

El tema es inagotable. Desde las primeras nociones geográficas y de división política hasta la situación actual de los españoles de derecho y de hecho (forzados súbditos franceses de ascendencia próxima española), pasando por la labor unas veces a las claras y otras solapada de Francia para desespañolizar a aquellos compatriotas nuestros, el campo de la investigación y de la divulgación es de vastedad suficiente a llenar abultados tomos impresos.

He reconocido al principio de estas líneas que esta labor se va realizando, aunque con alguna lentitud. Pero he observado que, dando por supuesto el conocimiento de nuestros intereses en Marruecos francés, al volver la atención hacia Argelia se hace sólo referencia a Orán y a su espacio vital, el Oranesado. Es indudable que en la zona costera que va de Marruecos a Túnez, y cuyos límites meridionales se pierden en el Sáhara, el Oranesado es la región de mayor densidad de población española. En el mismo Orán, donde la concentración de elementos de gobierno y administración franceses con el correspondiente número elevado de funcionarios civiles y militares, así como de centros comerciales e industriales, hacen que el porcentaje de europeos de

origen francés sea más elevado que en el resto de la región; a pesar de ello, digo, en el mismo Orán hasta los indígenas hablan el español. Un español, claro está, mezcla del castellano y del dialecto levantino, amén de algunas palabras francesas españolizadas; pero al fin y al cabo un español impuro, que muestra la raigambre de la influencia española pese a más de un siglo de labor tenaz de desespañolización llevada a cabo por la administración francesa. Y si esto sucede en la capital, fácil es suponer lo que será en el campo y en los pueblos menores, habida cuenta que la mayoría de los españoles que allí han ido son campesinos, huertanos de las vegas de Levante; en el campo oranés, hasta los escasos franceses hablan ese español impuro a que me he referido antes, porque es el procedimiento más seguro de hacerse entender.

Y esto a despecho de los fines propuestos por la administración francesa con su profusión de escuelas (francesas, naturalmente) y la a menudo forzada naturalización de los españoles como súbditos franceses. Pero es que, como dice don Manuel García Morente en su "Idea de la Hispanidad", hay en lo hispánico—en los hombres, en las costumbres, en todo lo que contenga átomos de espiritualidad—una especie de poderío afirmativo, una capacidad de prevalecimiento, un poder de imperar y sobreponerse que se refleja en los más menudos rasgos de la vida individual y colectiva.

Y ya que hablo de los métodos de desespañolización puestos en práctica en aquellas tierras, a modo de inciso voy a referir un caso concreto: conocí allí hace unos años un español nacionalizado francés que tenía el apellido tan alicantino de Moneris; pues bien, al darle la nueva documentación una vez convertido en súbdito francés, había sido variada la construcción española de la palabra por otra francesa, pasando a llamarse Monneris.

Decía antes que se suele hablar sólo de Orán y del Oranesado. Pero ¿es que se olvida el resto de Argelia?

Orán, sí; pero ¿y Argel? Porque en Argel también predomina lo español. No tanto como en Orán; y ello se explica claramente por dos razones principales: 1.ª, la natural concentración de funcionarios civiles y militares en la ciudad que es capital de tan vasto y rico territorio, y que suele llamarse segunda capital del Imperio francés (siendo París la primera), y 2.ª, las sedes allí establecidas del comercio y la industria, de las vías de comunicación existentes o en proyecto, como ese ferrocarril transahariano. Ello hace aumentar el porcentaje de la población francesa: no sólo por la de origen metropolitano, sino por las innumerables familias de origen hebreo indígena que, adquirida la nacionalidad francesa, enmascaran su origen hasta en la transformación de sus apellidos; verbigracia, Belaisha convertido en Bel.

También en Argel predomina lo español. Los mismos franceses que allí residen y que sólo conocen de España parte de su litoral mediterráneo y principalmente Barcelona, suelen decir que Argel parece una población española por sus calles arboladas y la profusión de sus jardines urbanos.

En algunos barrios y zonas de la población el predominio es absoluto. ¡Barrio de Bab-el-Ued, trasunto modernizado del malagueño Perchel!; con sus tabernas, donde se chilla y se canta en español. ¡Calle de la Lyre!; con sus gitanas vendedoras de bordados que pregonan dantela, madama. Calles de Belcourt, donde los muchús os ofrecen su mercancía en dialecto valenciano.

Orán, sí; pero también Argel. Que no le va en zaga en cuanto a tradición española; tanta, que aún se conserva la cueva que fué tumba en vida de Cervantes, donde se ocultó para huir de su cautiverio.

También Argel.

GUILLERMO DE GRANADA



Fatigas, penalidades... lo sobrelleva alegremente el soldado alemán con la vista puesta en un objetivo: el aniquilamiento del enemigo.

Doña Juana Ortiz de Zárate

Tiene la capital argentina un resto de vieja tradición marinera; adviene su nombre de que el primer fundador, don Pedro de Mendoza, creó a orillas del Río de la Plata, en un caluroso enero de 1536, la villa que por su expreso deseo recibió el nombre de "Nuestra Señora de los Buenos Aires" o "Santa María del Buen Aire", en recuerdo y memoria de aquella Virgen humilde, Patrona de los marinos andaluces.

Pero corren malos tiempos para la recién nacida colonia. Tan malos, que Juan de Salazar, el nuevo Adelantado, vese obligado a abandonar con sus hombres los pobres hogares, constantemente rehechos tras los ataques de los indios. Y en busca de la escasa protección que puede ofrecerle la más fortificada y rica colonia de Asunción han de emprender el camino.

Pasan los años. Lo que estuvo a punto de convertirse en inagotable fuente de riqueza es ahora un desierto. Las aguas del Río de la Plata vierten su caudal entre las ruinas de la antigua colonia, aislada por los indios.

Hasta que en 1562 el licenciado Matienzo, oidor de la Audiencia de Charcas, visita aquellas tierras abandonadas. Matienzo es burgalés de nacimiento; sabe de los duros trabajos en la tierra castellana para conseguir una sola cosecha al año. Y ante las posibilidades que abren estos dominios incultos no puede contenerse. Con mano apresurada traza ágiles caligrafías en amarillo pergamino, que dirige al Segundo Felipe. Con ojos de tasador y visión de leguleyo advierte un rico porvenir, que después la realidad se encargará de superar. Y con mirada profética escribe para el rey de España: "...hase de poblar desde España el puerto de Buenos Aires, a donde ha habido otra vez población, y hay tantos indios, y buen temple y buena tierra. Los que allí poblaren serán ricos..."

Para tan espléndido futuro no son muchas las exigencias: 500 hombres esforzados; 500 audaces que gusten de toda incomodidad y toda aventura; y un capitán más esforzado que todos ellos, más osado, más valeroso. Y un nombre se escapa de la afilada pluma de ganso que el licenciado maneja: JUAN ORTIZ DE ZARATE.

Nadie, en efecto, más apropiado que él: ha participado en las expediciones del primer virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela; disfruta ahora de una gran riqueza y una privilegiada posición social en Chuquisaca; sus éxitos, su gallardía, el atractivo que irrada su persona, le han permitido un triunfo asombroso, que acrecienta su renombre: la princesa Leonor Yupanqui, de la altiva familia del Manco Inca, se ha rendido en sus brazos; y una hija, doña Juana, ha hecho carne el gozo de aquel amor. Ortiz de Zárate es el hombre que aquella empresa necesita.

Y en efecto, tan halagador es el retrato que hace Matienzo; tal confianza sabe inspirar la sola presencia del capitán, que en una sola y afectuosa entrevista Felipe II le concede el título de Adelantado "por dos vidas", es decir, con facultad de nombrar sucesor.

Y mientras Ortiz de Zárate, llegado al Río de la Plata, dedica sus empeños a las tareas que le impone su cargo, empieza a su alrededor una guerra sorda y disimulada. Porque siendo doña Juana la heredera de los títulos de su padre, quien con ella matrimonio se alzaría con el nombramiento de gobernador y Adelantado de aquellas tierras. Así, pues, sabe

doña Juana se inician maniobras e intrigas por parte de cuantos aspiran a su mano. Por unos meses la pequeña corte que rodea a la futura heredera se agita en intrigas y zancadillas, a las que ella fácilmente se presta con suave resignación, pues no en vano es hija de la dulce y morena Leonor Yupanqui.

El mejor capitán de aquellas intrigas es Juan de Garay. También burgalés de nacimiento, tiene esa ingenua habilidad diplomática de los castellanos. Hombre tenaz y voluntarioso, ha fundado a orillas del Salado la futura gran ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz; es ahora Justicia Mayor de los extensos territorios que entre el río Paraná y el Atlántico se cubren con el nombre de Nueva Vizcaya. Más aún: fiel servidor y secundario de las empresas iniciadas por Ortiz de Zárate, ha conseguido que éste le conceda el título de alguacil mayor de la naciente colonia. Y prevalido de su posición y valimiento, inicia una política de atracción sobre la persona de doña Juana. Como él ya es viejo, aspira, nada menos, a que la mano de la heredera sea para su hijo. Con habilidades y zalemas trata de alcanzar que cristale en su hijo lo que él no pudo conseguir para sí.

Mas ello no es posible. Los proyectos del alguacil no llevan camino de ser realidad. Algo se alza contra sus habilidades. Y cuando ya todo lo da por perdido, surge en el momento más oportuno lo que todos esperaban: el capitán don Juan Ortiz de Zárate muere, disponiendo que le suceda en la gobernación el hombre que lleve hasta el altar a su hija doña Juana. Y no sólo esto, sino que por deseo expreso del muerto es designado albacea testamentario el propio Juan de Garay.

Ha llegado, pues, el momento de realizar sus ambiciones; la dulce y morena doña Juana no tiene voluntad para oponerse a los manejos de Garay; está dispuesta a matrimoniar con quien se le designe. Pero ya el alguacil mayor ha cambiado de candidato. Y con sorpresa de todos no es su propio hijo quien se casa con la rica heredera, sino el también licenciado don Juan Torres de Vera y Aragón.

Todos los bonaerenses llegan con asombro hasta la iglesia el día de la boda; es tan inesperada aquella unión, que ninguno consigue explicársela... hasta el día siguiente. Porque desde entonces hasta su muerte al nombre de Juan de Garay siguen los títulos de teniente gobernador, justicia mayor y capitán general del Río de la Plata; títulos que ponen en sus manos el gobierno civil y militar de la colonia.

El es quien funda definitivamente la capital argentina, el 11 de junio de 1580; él es quien reparte los solares y tierras; él es quien administra justicia; él quien interviene toda la vida de la ya floreciente colonia. Porque Juan Torres de Vera y Aragón, hombre sin ningún escrúpulo y sin más ambición que una vida libre de preocupaciones, todo lo abandona en manos de Garay.

Hasta que en 1583 los indios querandies atacan inesperadamente la ciudad. En noche oscura se produce la sorpresa; y Juan de Garay, a los cincuenta y cinco años, muere peleando al frente de los suyos en defensa de aquella tierra y aquellos hogares, hoy capital de la Argentina, en cuya fundación de una manera tan decisiva influyó una mujer.

EDUARDO RUBIO

HISTORIA Y GRANDEZA DEL ALCAZAR DE TOLEDO

En una de las siete colinas—como las de la Roma invicta—en que se apiña el caserío lívido de Toledo, se levantan los restos del histórico y grandioso Alcázar, que desde las dra-

en el arte constructivo introducían Diego de Siloe, Enrique de Egas y Covarrubias. Claro es que no podían prescindir, ni unos ni otros, de lo ojival y arabesco, en la sencillez y

arqujería del patio, en colaboración también con el magno artista González de Lara.

Al igual que su padre, Felipe II convocó Cortes en el Alcázar toledano, y allí recibió a su esposa, doña Isabel de Valois, entre una multitud de magnates, grandes y nobles de Castilla, palaciegos y gentes de profesión y oficio, que presenciaron una extraordinaria quema de fuegos de artificio en honor de los recién casados, que representaban a Hércules, Gerión y Caco, mientras se oían numerosas orquestas que preludiaban armoniosas serenatas. Aquella misma noche enferma de gravedad la reina, repentinamente, y hubo que suspender los festejos.

En 1643 el Alcázar pasa a ser prisión de Estado, que inaugura el conde de Linares, al que siguen el príncipe de Monte Jarquío, el duque de Lorena y otros muchos personajes de alto relieve.

En 1700 se habilitan por el Estado créditos para obras y reparaciones,

tejados de tejas de barro y los empizarrados que cubren los cuartos del Mediodía."

Para acudir a estas necesidades se precisaban 30.000 reales.

Nada se hace por el Alcázar, hasta el punto de que Rodrigo Caro exclama en dolientes versos:

"La casa para el César fabricada, ¡ay!, yace de lagartos vil morada."

Hasta que en 1774, durante el reinado de Carlos III, el arzobispo Lorenzana mira por el Alcázar para albergar entre sus muros, no a guerreros y cortesanos, sino a pobres y desvalidos, y comienzan las obras, que dirige el arquitecto Ventura Rodríguez bajo la vigilancia del Prímado, "continuo sobrestante", que llaman las gentes.

Con el siglo XIX, funesto en la Historia española, noche liberal y constitucionalista, llegan los franceses de Napoleón a galope tendido. Y desde Madrid, por Aranjuez, saltan y suben hasta Toledo, que opone seria resistencia, toda la que podían aquellos compatriotas que conocieron a Carlos IV y a Fernando VII. El Alcázar recibe un sin fin de cañonazos, que desde San Servando disparan baterías españolas. Y en la noche del 31 de enero de 1810, un incendio espantoso daba abrazos de muerte al palacio imperial hasta echar abajo sus muros.

Por el Tajo abajo se iban las lamentaciones.

Y un 2 de julio de 1867 inaugura las obras de reedificación del famoso edificio el marqués de San Román, quien en buena ley "volvía por la honra artística de España, redimiéndola de la fundada acusación de incuria y abandono con respecto al suntuoso palacio de Carlos V", conforme dicen en su "Historia" Martín

Arrúe y Olavarria, quienes prosiguen: "Para conseguirlo fueron necesarias la actividad que desplegó en vencer las dificultades que la realización de tan feliz pensamiento encontró al principio, su habilidad en arbitrar todos los recursos indispensables y su celo y acierto en hacer patentes las ventajas que por todos conceptos reportaría la restauración del Alcázar."

De la dirección de las obras se encargó el capitán de Ingenieros don Francisco Ossorio y Castilla, e importó el presupuesto 300.000 escudos. A la inauguración asistieron S. M. la Reina Doña Isabel II, el duque de Valencia, presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra, y otras autoridades.

En la noche del 9 al 10 de enero de 1887 estalló un violentísimo incendio, que arrasó innumerables riquezas artísticas de la magna fortaleza, quedando destruidos el salón mudéjar, el de honor, los artesanos, la capilla... Quedaron únicamente en pie los muros, la escalera principal y la arqujería del patio.

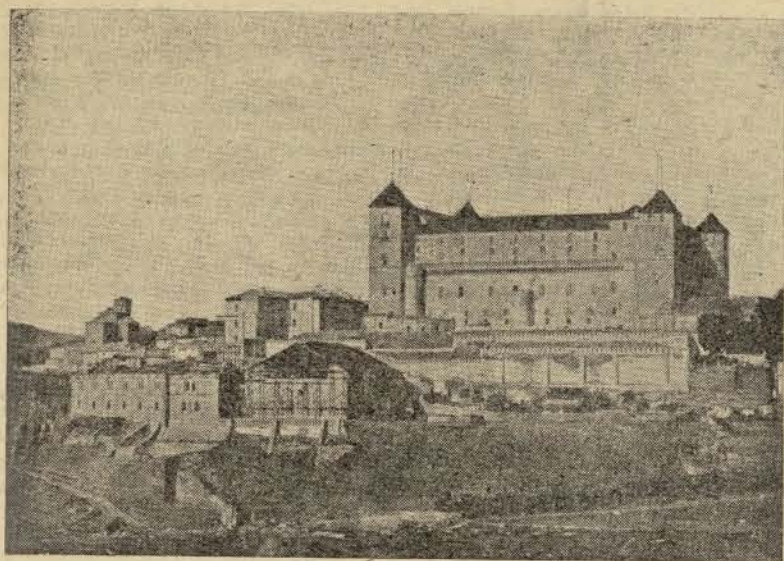
Por Real decreto de 5 de junio de 1887, el Gobierno concedió un millón de pesetas para la restauración del Alcázar, y las obras comenzaron en abril de la anualidad siguiente.

Y por último, en el año de 1936, un puñado de héroes españoles, fervorosos y obedientes a la voz de mando del general Moscardó, van a defender a la España imperial, que resurge potente, juvenil y alborozada en un Nacional y Glorioso Movimiento de Resurrección, dentro de los muros del Alcázar toledano. Por los Pirineos llegan rebaños de bárbaros marxistas que arrean látigos marxistas y populistas internacionales, y que lobunos y trashumantes se desperdigaban por todas las rutas de España. La voz del mando supremo parte de Moscú, y ordena: "¡Contra la España Una, Grande y Libre, Imperial e Imperecedera!" Y como hay un brote de esta España Nueva en el Alcázar toledano, los rebaños bárbaros intentan por todos los medios asaltar el reducto. El Mundo, mudo, asombrado, enardecido, contempla el hecho desde los cuatro puntos cardinales. ¿Quién vencerá a quién? ¿La masa o la selección?...

Y cuando los rebaños arrasan los muros de la fortaleza, vega adelante, por donde vino el Cid, llegan Varela y los suyos para abrazar a Moscardó y los suyos también.

Y sobre los escombros suena el clarín de gloria, y en la lividez hermosa de Toledo despliega su aurora enardecida la bandera bicolor de España.

JULIO ESCOBAR



Vista general del Alcázar de Toledo.

máticas alturas castellanas muestra al Mundo sus mutilaciones heroicas.

El nombre, ya sagrado, del Alcázar es una Cruz hispana iluminada por el esplendente sol de la gloria; y en lo futuro las generaciones hablarán de esta edificación, en la fama del recuerdo, como de algo que ha de llenar de santo orgullo a todos los españoles.

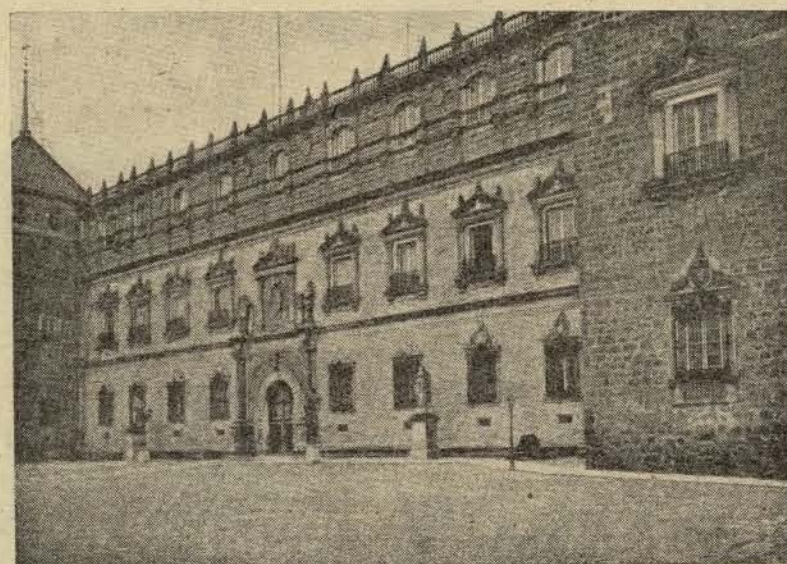
En la colina memorable se levantó una fortaleza para los godos, que pasara después a poder de la morisma. Y tras la epopeya de la Reconquista, es Alfonso VI quien la habita, para desde tal altura ver asombrado la llegada de Mío Cid Campeador por la planicie nemorosa de la vega.

Toman posesión después de la fortaleza los Reyes Católicos. Pero es el emperador Carlos V quien decide levantar y enriquecer el suntuoso Alcázar, cuya edificación completa Felipe II.

Fué su primer alcaide el Cid, quien encuadró al Alcázar entre picas y armaduras que al Tajo llegaron desde las mansas corrientes burgalesas del Arlanzón, por la planicie despierta y vigilante del Duero y del Adaja. Don Pedro el Cruel traslada desde el castillo de Arévalo a esta edificación a su esposa doña Blanca de Borbón—delicada y emocional figura de romance—. Pasean por sus patios y corredores su gloria imperecedera Fernando III, Alfonso X, don Alvaro de Luna y doña María Pacheco. Y desde que ordena y manda nuestro gran emperador Carlos V, imprimen su genio arquitectónico en la magna construcción nada menos que Villalpando y Covarrubias, Juan de Herrera y Ventura Rodríguez.

La primera vez que Carlos V pisa el Alcázar es para presidir Cortes. Llega a Toledo acompañado de lucida y numerosa corte, en la que destacan su hermana doña Leonor, viuda de Don Manuel de Portugal; la reina viuda de Aragón; doña Germana de Foix; los embajadores de Inglaterra, Venecia y otros reinos y repúblicas; un legado del Papa; los enviados extraordinarios de la Regente de Francia, y magnates y procuradores de las villas y ciudades de Castilla.

Como para nuestro César no había palacios aparentes en España desde los que dominara a todo su gran Imperio, decidió construir un Alcázar magnífico y soberano, en consonancia con el estilo de la época, del gusto clásico y solemne que en literatura creaban Boscán y Garcilaso y

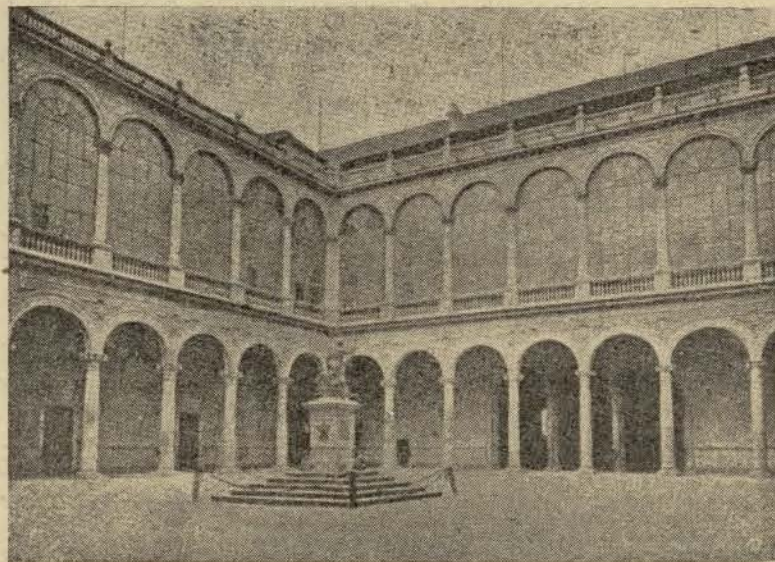


Fachada norte del Alcázar.

simetría del gusto grecorromano, y por esto, en la rotundidad geométrica se abría de vez en cuando, como una flor, la gracia artística gótica y árabe.

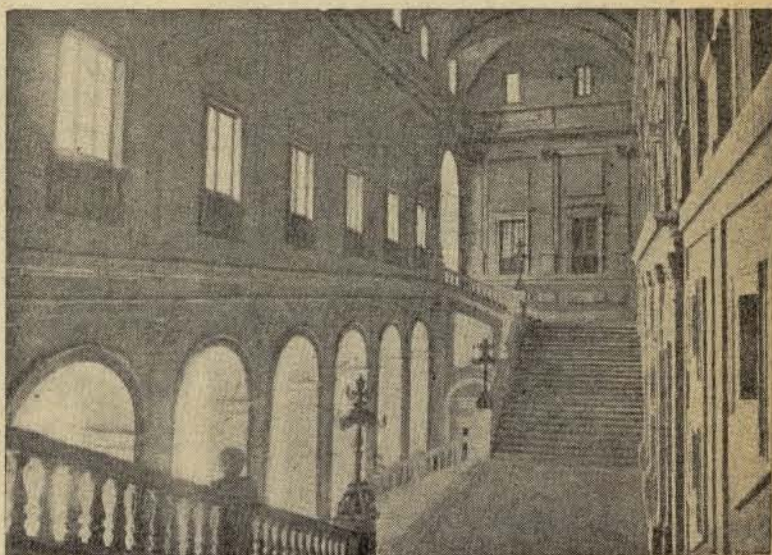
Vega y Covarrubias dirigieron alternativamente las obras del Alcázar hasta el año 1543, y cuando el emperador se ausenta de España, su hijo Don Felipe, como gobernador general del Reino, encomienda toda la dirección al magnífico Covarrubias, quien cobraba 25.000 maravedises al año, más cuatro reales diarios, cantidad que fué doblada en el año 1553, y que no dejó de percibir hasta su muerte, según se lee en una Real cédula fechada en Madrid, a 22 de diciembre de 1569, por S. M. el Rey Don Felipe II, que textualmente dice así: "Acatando lo bien que Alonso de Covarrubias, maestro mayor de las obras del Alcázar, nos ha servido, y por su mucha edad, impedimento y ocupación que en su persona le ha sobrevenido no lo puede continuar, habemos tenido y tenemos por bien que ahora, y de aquí en adelante, por el tiempo que nuestra voluntad y merced fuere, y hasta tanto que otra cosa mandemos, se libren y paguen enteramente, y sin descuento alguno, así los 50.000 maravedises de salario ordinario que de Nos tiene y lleva en cada un año, como los cuatro reales de mantenimiento en cada un día, no embargante que no haya servido ni asistido, ni asista en las dichas obras, como es obligado, bien así como si lo hubiese hecho e hiciese."

Tras Covarrubias continuaron las obras Gaspar de Vega y Francisco de Villalpando, quienes terminaron la



Patio y galería.

porque al Alcázar está descuidado y ruinoso. Los presos y prisioneros que le habitaron causaron en la edificación serios destrozos, y es necesario bastante dinero "para hacer los reparos indispensables que necesita antes que haya ruina considerable que ya amenaza". Es ya en 1706. Es el Regidor de Toledo quien concreta la necesidad y urgencia de las obras de la manera siguiente: "En la bóveda de la escalera principal está hundido un tramo de tabique doble a causa de haberse podrido una guardilla cubierta de planchas de plomo, que también es preciso componer. El terrado de plomo del ámbito del corredor unido a la escalera principal también se ha hundido, necesitando para su composición 24 planchas nuevas de plomo. Hay que reparar todos los caños del agua sucia. Y también los



Escalera principal.

La guerra secreta anglosoviética por el petróleo iraníano

—Inglaterra está sosteniendo el peso de una guerra secreta, de una guerra invisible, que el Gobierno británico quiere a toda costa mantener en silencio: la guerra de Persia contra el expansionismo soviético.

Hasta ahora se trata de una guerra, en apariencia incruenta, porque las fuerzas británicas no se han opuesto abiertamente al continuo avance de las rusas, ni se oponen, ni es presumible que se opondrán. De ahí su retirada de día en día, dejando proseguir la continuidad de la invasión soviética.

Mientras Londres anunciaba la firma de un nuevo acuerdo entre la Gran Bretaña y la U. R. S. S., encaminado a definir y trazar las respectivas zonas de influencia de ambos países en el Irán, el descenso del Ejército rojo hacia el Golfo Pérsico no señala, para nada, la próxima detención del alud, que ya ha envuelto en su imponente masa a una gran parte de la zona influyente británica. Hasta el punto que los rusos, han llegado a Dizeful, o sea a doscientos kilómetros al norte de Bassora.

Calla un instante el informador. Para luego, circunspecto y cauto, invitar a su oyente:

—Venga; allí estaremos mejor. Hay mucho espionaje en todos sitios.

Los dos hombres se refugian en el último rincón del café. En el recoleto lugar, el informador, tras inquisitivas miradas circulares, se convence de la inocencia del recinto. Y es entonces cuando se decide a extraer de su bolsillo y extender sobre la mesa una carta geográfica del Irán.

Con voz suave, en la que vibran emocionados trémolos, personaliza el mapa:

—Esta carta geográfica, perteneciente al Authentic Imperial Maps y publicada en 1937 en Londres por George Philip & Son Ltd., 32 Fleet Street, es toda una declaración política. Aunque editada dos años antes del comienzo de la rotura de las hostilidades, y cuatro años antes de la invasión anglosoviética del Irán, esta carta dividía ya el país en dos por medio de una línea transversal que de la frontera iraníana con el Kurdistán alcanzaba la frontera del Beluchistán. Toda la parte al sudoeste de esta línea, una faja de tierra de cerca de trescientos kilómetros de anchura por mil ochocientos de longitud era marcada con tinta verde para indicar la concesión del "Anglo Iranian Oil Co.", o sea, en definitiva, la zona de influencia británica.

En agosto del año pasado, cuando los anglosoviéticos invadieron el Irán, el acuerdo entre Londres y Moscú fue que los ingleses guardarian esta zona de influencia británica mientras, en cambio, los rusos habrían de limitar su ocupación a la parte noroeste del país para proteger el tronco septentrional del gran ferrocarril transpersiano, que desde el Golfo Pérsico lleva las mercancías al mar Caspio y al Cáucaso.

Pero los acontecimientos han beldes.

surgido de un modo absolutamente distinto al estabilizado en el pacto anglosoviético de agosto. En efecto, los rusos, con su avance sobre Dizeful, controlan ahora casi toda la frontera iraníana, y han penetrado, y profundizado, más de quinientos kilómetros en la zona de influencia inglesa. Si el impulso soviético continúa de esta forma, pronto la U. R. S. S. alcanzará rápidamente la región de los pozos petrolíferos, pudiéndose apropiarse de todo el ferrocarril transpersiano y de más de doscientos treinta kilómetros del oleoducto que lleva el precioso líquido a la gran refinería de Abadam, bajo la desembocadura del Sciatt-el-Arab.

En pocas palabras, continuando con este paso, la U. R. S. S. llegaría, en breve, no solamente a anexionarse completamente a Persia, sino también a controlar, de un modo absoluto, las fronteras con Turquía y el Irak, viniendo así a estrechar a estos dos países con férrea tenaza, y a amenazar toda la región petrolífera del Oriente Medio.

Pero Inglaterra combate con guerra secreta por la defensa de los pozos. Es una lucha sorda la que los ingleses planifican a los en su otro sitio aliados, sin disparar un solo tiro.

Esto no quiere decir que la lucha silenciosa y disfrazada entre la U. R. S. S. y el Imperio británico no halla producido víctimas. Inglaterra, decidida a obstaculizar el avance soviético en el Irán, ha alzado contra su propio aliado a las tribus persas en la frontera del Turkmenistán.

Este alzamiento bélico de las tribus es, indiscutiblemente, obra de los agentes secretos británicos. Como lo es la rebelión de las tribus kurdas, que últimamente han efectuado numerosos actos de sabotaje en la línea ferroviaria de la zona de Mesced, a la retaguardia del ejército rojo.

El "Intelligence Service", puesto en contacto con los jefes de las tribus de Kashgai y Bakitari, esencialmente, ha creado, y crea actualmente, una gran propaganda política y bélica, encaminada a oponer de todos los modos cada vez más embarazo a la penetración rusa en Persia.

En este sentido se pretende interpretar el reciente cambio del Gobierno iraníano: Firuzi Khan, hombre de confianza de los ingleses, era un viejo privado de energía, que dejaba hacer a los agentes británicos y no osaba oponerse a sus maquinaciones. Los rusos le han tolerado por un cierto tiempo, pero al fin han logrado su sustitución y puesto en su lugar a Suheyl, hombre mucho más joven y ambicioso, cuya primera declaración ha sido la de exteriorizar su decidido empeño de cortar de raíz todas las actividades de los re-

Con la subida al Poder de Suheyl, ahora la G. P. U., cuyo cuartel general sobre esta zona se encuentra en Teherán, puede decir haber ascendido también a la suprema magistratura iraníana.

Las vicisitudes de la casa real iraníana representan, igualmente, un episodio del antagonismo anglosoviético: en un cierto momento, el sha desaparece de Teherán, con todas las personas de su familia; la reina Fausiah marcha a Egipto a saludar a su hermano el rey Faruk; la reina madre, Norram, parte en peregrinación para el santuario de Kerbelah, en el Irán. El paradero del rey Mohamed se desconoce en esencia, si bien, y esto es lo más probable, muchos suponen se haya refugiado en un país ocupado por los ingleses, a fin de colocarse bajo la protección de la bandera de la Gran Bretaña.

Pero luego, de improviso, casi a modo de golpe de efecto, un comunicado oficial de Londres informa que toda la familia real iraníana regresa a Teherán. ¿Qué es lo que sucede? Simplemente, que la Gran Bretaña ha impuesto al sha y a todos sus familiares el retorno a la capital iraníana, para obstaculizar de este modo la completa soviétización del país, que, en ausencia de la real familia, lógicamente había progresado rápida e irremediablemente.

Es, en verdad, singular que esta nueva prueba de agresividad ingle-

Nueva York quedaría des

La ciudad permanece a oscuras; por las amplias avenidas cruzan veloces motoristas con luces veladas entre gasas negras. Los coches rápidamente atraviesan las calles con sus faros azulados y amarillentos. Nada se ve; se dibujan las siluetas recortadas en las sombras; es ahora la ciudad fantasmal. Las gentes acuden a los refugios; refugios inmensos. La aviación enemiga no se acerca. Todo es un simple ensayo, pero si la realidad llegara no correrían sus calles las ambulancias y los coches de bomberos; ni se sentiría a los motoristas sembrar la alarma con sus sirenas. El caos y la hecatombe se produciría en pocas horas y quedaría Nueva York destruida.

Desde que los Estados Unidos están en guerra, la población civil de las grandes ciudades vive bajo el temor constante y el miedo, quizá, de no disponer de medios prácticos y suficientes para evitar la lluvia de fuego que vendría del cielo. Si un aparato desorientado vuela sobre la costa atlántica, la alarma cunde desde Florida al río San Lorenzo; desde Nueva York a San Francisco. Y se oscurecen las ciudades, y la población huye a los refugios. Norteamérica es la tierra del cine y de la propaganda; y esas escenas las recuerda; no son extrañas para ese pueblo. Pero antes fueron creación de los Estudios cinematográficos o de las poderosas Agencias de publi-

dad, y ahora es la realidad trágica, la que monta el tinglado horrible de una muerte cierta y de una ruina espantosa. Los yanquis temen.

—¡Aviones japoneses sobre Nueva York!...

Guerra de nervios impuesta por ellos mismos; por su miedo a la imprevisión y a la propia guerra. Los habitantes de Nueva York son 7.500.000. Los refugios anti-aéreos son escasísimos, y, por otra parte, considerada la extraordinaria altitud de los edificios, los más reputados arquitectos excluyen la posibilidad de construir o ampliar refugios, a menos de comprometer gravemente la estabilidad de las edificaciones. La defensa de la población civil constituye para el Gobierno de Washington un problema de los más espinosos y difíciles de resolver.

En la casa 102 del Empire State Building, todo él dedicado a oficinas, trabajan alrededor de veinte mil personas. Es imposible pensar que esta masa pueda encontrar espacio en el refugio con la necesaria rapidez. Cuando el edificio tiene refugio—normalmente no lo tiene—con capacidad suficiente, ocurre, según cálculos rigurosos, que para descender a él son necesarios noventa minutos por lo menos. Pero muy bien pudiera ocurrir que en este intervalo el enemigo realizara un ataque grandioso, en masa, y el número de víctimas



El problema que surgiría con el amontonamiento de escombros sería pavoroso.



sa contra la Unión Soviética en el Irán surja en la expectativa de la gran ofensiva alemana: cuando el ejército rojo debe concentrar todo el potencial de su fuerza para prepararse a sostener el inminente y decisivo empuje germánico.

Por ello, resulta también asombrosa y en apariencia ilógica esta actitud, captilativa de nuevos pueblos, de la U. R. S. S., en pugna y fricción dolorosa y áspera con la Gran Bretaña. Pero considerada la cuestión con más calma, pronto se percibe claramente la tradicional política del Kremlin, ensayada con éxito en algunos países, y con rotundo fracaso en otros de valor decisivo en la hora actual, tales como Alemania, Finlandia, Hungría... Esta política suave, zaina, bastarda, pero práctica, es la de tirar la piedra y esconder la mano. Es decir, sobre la cuestión fundamental ahora del Irán, la U. R. S. S. pretende la soviétización de los hombres de su territorio, y si bien el ejército rojo avanza cada vez más sobre el paisaje fructífero, ello puede en un momento determinado

jrenarse, pero lo que no se frenará serán las propagandas de soviétización que el Comisario Político Jefe de Teherán y sus adláteres, cumpliendo consignas irrevocables, esparcen entre los campesinos, obreros, pescadores, soldados...

Y esta labor se efectuará con procedimientos análogos a los empleados en Polonia, en los Estados Bálticos, en Finlandia, en Rumania. Es decir, con cautela, discreción y sin descanso.

Hoy, la G. P. U., en su dual aspecto, tiene su más amplio campo de acción en la zona de influencia británica del Oriente Medio. Mañana, en un mañana tal vez muy próximo, también será lugar de lucha de los elementos soviéticos, Turquía.

Y esta actividad rusa sobre los dos lugares es, indudablemente, lo que hace que Inglaterra haga esta guerra sorda, incruenta casi hasta hoy, pero dura, trágica y emotiva contra sus aliados del Kremlin.

El avance del ejército rojo en Persia tiene sólo una relativa importancia desde el punto de vista de las exigencias bélicas, pero lo tiene para Inglaterra, sobre el campo de lo económico y de lo social. Las dos supremas y sempiternas preocupaciones del Imperio británico. Porque ya en Tabriz, en todo el Aserbaigian, y en todos los lugares por donde se extiende el ejército soviético, se implantan automática y totalitariamente los métodos y doctrinas comunistas. Para ello, a retaguardia de las fuerzas de ocupación marchan los Comisarios rojos del pueblo.

Inglaterra no osa oponerse abiertamente a las exigencias soviéticas. Pero procura levantar valladas. Sea esto como quiera, lo fundamental es no perder los pozos de petróleo. Y la guerra sorda por su posesión puede llegar a ser tan rotunda como la que tiene planteada ahora contra las Potencias del Eje en otros frentes.

destruída en unas horas

sería espantoso. Las ambulancias no correrían las calles. Cada casa es un pueblo inmenso, y estos pueblos serían arrasados.

De todas estas preocupaciones y problemas de la defensa pasiva se ha hecho cargo el jefe de bomberos de Nueva York, John McElligott, que desde el primer instante fijó su atención sobre este gravísimo e inminente peligro y lo propagó para evitarlo.

—Los edificios de Nueva York —dijo McElligott— han sido construidos exclusivamente para la paz y no puede pensarse en transformaciones o adaptaciones.

Nueva York es una ciudad para la paz y está en la guerra. Si se considera que sus edificios, de cuarenta pisos y aun más, rascacielos grandiosos, moles ingentes, acogen un número de habitantes que se aproxima y sobrepasa las diez mil personas, se comprenderá la trascendencia de este problema. ¿Cómo recoger y dónde refugiar tanta gente?

No sería necesario un bombardeo a los efectos de grave alteración pública; no sería menos peligrosa una simple alarma cierta. El individuo que descanse o trabaje en un 30.º piso del rascacielos que quiere llegar a tierra antes de que se acabe la batalla o el peligro, habría de pensar en la posibilidad de lanzarse por las ventanas con paracaídas. Y entre estas preocupaciones se acerca otra aún más grave: ¿qué sucedería si un rascacielos recibiese de lleno una bomba del máximo calibre? Algo apocalíptico, ciertamente, porque teniendo en cuenta la angustia de la calle respecto a la mastodóntica altura de los edificios, el derrumbamiento de tan grandiosa mole de cemento armado tendría como consecuencia la destrucción del barrio entero al entrecrocarse los edificios que se derrumbaban entre sí. Como un castillo de naipes, un edificio caería sobre otro, y terminaría por producirse un alud fantástico e incontenible. Los técnicos han previsto ya el bombardeo en masa de Wall Street, que reduciría a escombros la metrópoli entera en pocas horas.

En Nueva York se ha trabajado activamente para hallar solución a tantas y tan graves interrogantes.

—Habría que evacuar Nueva York —dijo Sames Pyke, comandante de una escuadrilla de gran bombardeo.

Y este comandante ha previs-

to la posibilidad de una catástrofe de esta envergadura.

—¿Para qué evacuar? ¡No importa ese desastre!

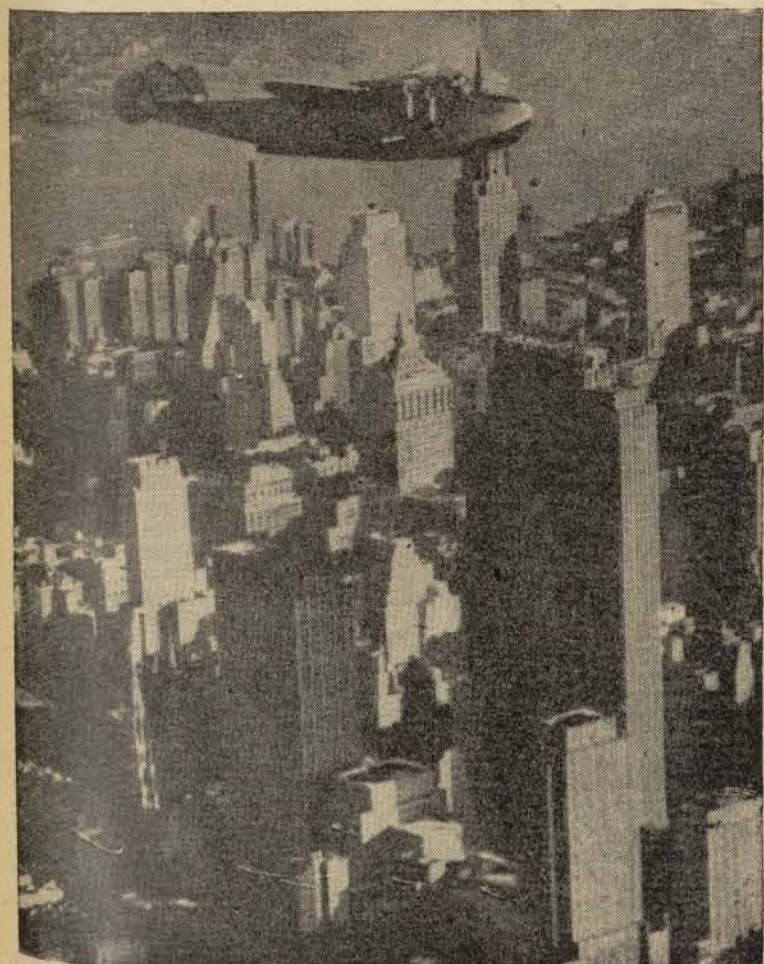
El alcalde La Guardia es ciertamente un optimista, y afirma que no por esto los bombardeos serían más inofensivos, y la ciudad terminaría igualmente inhabitable. Hay que considerarla perdida. El alcalde finge desconocer que la evacuación salvaría, si no la ciudad, por lo menos la vida de siete millones de personas. No dejaría de tener interés el juicio de los neoyorquinos sobre las palabras de su administrador.

En estas angustiosas circunstancias, los yanquis han escogido el único partido posible: el reforzamiento de la defensa pasiva, para la cual han puesto en pie un auténtico ejército. Cerca de 500.000 personas han asumido la tarea de proteger la ciudad. Sobre las terrazas de los edificios más elevados están distribuidos más de 10.000 observadores con orden de señalar el lugar donde han caído las bombas o donde se manifiesten los incendios; pero ninguno de los 10.000 observadores se ha revelado como hombre dotado de esforzado ánimo y dispuesto a afrontar con la necesaria frialdad el peligro. Los efectivos de los bomberos han llegado a 100.000 hombres, y, no obstante la importancia del número, mister McElligott no ha abandonado su pesimismo en cuanto a la eficacia efectiva de este servicio. McElligott goza de gran popularidad por sus dotes excepcionales, que le han elevado a un puesto tan delicado a los treinta y cuatro años de edad; y por la vastísima experiencia personal se comprende igualmente la gran sensación que su pesimismo ha suscitado en el pueblo americano.

A las cifras citadas hay que añadir 28.000 jefes de fábrica, encargados de vigilar para evitar la afluencia de gentes al refugio y lo taponen, y reprimir las posibles tentativas de saqueo. A este ejército civil han de agregarse los 300.000 hombres de la defensa antiáerea. ¿Podrán estas medidas que se han improvisado en precario remediar la ruina que se cierne sobre Nueva York?

Los técnicos sabrán el final; los ciudadanos guardan los rascacielos y sueñan con nostalgia en un pueblecillo perdido en los confines del Oeste.

DOMENECH YBARRA



La Aviación vuela sobre Nueva York; pero aún no ha surgido el peligro. Los aviones yanquis vigilan y previenen.



La fantástica ciudad de los rascacielos es un hervidero de luces en la oscuridad de la noche.

La futura gran ofensiva alemana y la ayuda de Inglaterra y los EE. UU. a la U. R. S. S.



La clase de guerra que el invierno impuso en Rusia ha terminado con el fracaso más rotundo de Stalin, que no ha logrado alcanzar ninguno de los objetivos perseguidos durante casi cuatro meses de brutales ataques, en los que ha consumido efectivos considerables y grandes cantidades de material.

Los propósitos soviéticos eran, como el lector no ignora: levantar el cerco terrestre de San Petersburgo, ocupar la región de Smolensko, como mínimo, para quebrar profundamente las posibilidades de ataque alemanes; reconquistar las regiones industriales que tienen por centros a Jarkov y Stalino, y expulsar a las tropas aliadas de la península de Crimea para alejar el peligro que amenaza tan de cerca al Cáucaso. Pues, bien, ninguno de esos objetivos ha sido alcanzado, y salvo en lo que afecta al voluntario repliegue efectuado por la Wehrmacht en busca de posiciones favorables para la campaña defensiva durante el mal tiempo, las tropas del Reich están donde estaban. Esta es la realidad.

Que la campaña de invierno haya terminado no quiere decir, por otra parte, que la gran ofensiva anunciada por Berlín va a desencadenarse en seguida con toda su amplitud, pues el deshielo, que se prolonga algunas semanas, impide tanto como la nieve las operaciones de envergadura, sin perjuicio de que otras circunstancias atmosféricas pertinaces, tales como lluvias, nubosidad acusada y mala visibilidad, pueden obligar, también, a demorar la iniciación de los ataques.

Stalin, que no desconoce la enorme preparación del Ejército alemán para la futura ofensiva, necesita, después de haberse visto privado de las zonas

industriales más importantes, y dada su precaria situación militar, una ayuda intensa de Inglaterra y los Estados Unidos, ayuda que el tirano rojo quisiera ver realizada de dos maneras: una, mediante la acción activa y directa de sus aliados contra las potencias del Eje para crearles un nuevo frente de combate en Europa, y otra, consistente en aumentar el envío de material de guerra a la U. R. S. S.

Respecto de la primera, Inglaterra y los Estados Unidos carecen de la necesaria capacidad ofensiva para atacar con éxito en el continente a Alemania o a Italia, ya que la acción habría de iniciarse con un desembarco, que hoy por hoy es muy difícil, por no decir imposible, ante la coordinada defensa que las tropas de tierra, mar y aire pueden ejercer en cualquier lugar de las costas europeas, y, en cuanto a la segunda, el abastecimiento de Rusia por las grandes potencias democráticas encierra complicaciones serias, de las que el lector se dará perfecta cuenta con sólo echar una mirada al gráfico que acompaña a este artículo.

Tres son las rutas principales que pueden seguir los aprovisionamientos con destino a la U. R. S. S.: la que por el Pacífico ha de llegar a Vladivostok para después emplear el ferrocarril transiberiano hasta Moscú. Mientras las actuales relaciones entre Rusia y el Japón se mantengan, los barcos soviéticos, que no son numerosos en el Extremo Oriente, podrán ganar aquel puerto al través del mar del Japón, pero el rendimiento de los transportes desde Vladivostok al interior de Rusia, utilizando una sola vía férrea sobre distancias tan considerables, será siempre escaso. El concepto no precisa de aclaración;

la vía del Golfo Pérsico al Cáucaso al través del Irán es más corta que la anterior, pero de difícil recorrido terrestre; el estado de las comunicaciones en Persia no es, ni mucho menos, brillante, y la del Atlántico, en fin, que es la más importante, utiliza el puerto de Murmansk en el Océano Glacial Ártico y los de Soroka y Arkángel, en el mar Blanco, para ganar después la región de Moscú, utilizando dos vías férreas y el canal de Stalin.

Como puede observarse, dos de las rutas de abastecimiento de la U. R. S. S. resultan amenazadas directamente por el futuro avance de las tropas aliadas, con lo que Rusia corre el riesgo de verse cortada prácticamente del exterior, perdiendo la ayuda, pequeña o grande, que Londres y Washington tratan de prestarle con sus envíos de material de guerra.

Claro está que la conquista de los objetivos antes indicados obligará a la realización de diversas operaciones previas, como son: llegada a la línea del Donetz, aguas abajo de Jarkov, desde la cual ha de partir el asalto a la del Don; ocupación de Kerch para atacar después al Cáucaso; unión de las tropas alemanas con las finlandesas sobre el río Svir, entre los lagos Ladoga y Onega, y conquista de San Petersburgo. Mas sobre todos los objetivos económicos y políticos, pese a la importancia capital de algunos de ellos, está el representado por el Ejército soviético, que si ofrece batalla para defender las regiones vitales de la U. R. S. S. será destruido inexorablemente, y "muerto el perro, se acabó la rabia".

J. V.

Gustavo V de Suecia y M. G. de tenis

"La retransmisión del partido de tenis Suecia-Croacia ha sido la mejor medicina que se le ha podido ofrecer a M. G." declaró el doctor Gassemann, que el día antes operó al rey Gustavo V. "Después de la audición—añadió—, S. M. se sentía más vivo que al comienzo."

A los ochenta y cuatro años, el rey Gustavo V, más conocido entre los suecos y los jugadores de tenis bajo el pseudónimo de "M. G.", iba a sufrir su primera operación médica importante. Hasta entonces todo se había reducido a cosas pequeñas, indisposiciones sin trascendencia. Pero en vísperas del encuentro Suecia-Croacia hubo de ser sometido a una intervención quirúrgica, y Gustavo V se hallaba intranquilo sobre la suerte de los colores suecos en tal encuentro, que no podía presenciar y que era el último partido importante de la temporada de invierno. Una temporada menos brillante que las anteriores, pues los mejores jugadores no pudieron concurrir y otros estaban bajos de forma.

Gustavo V es un deportista. Un ardiente colaborador del deporte favorito en Suecia: el tenis. En los campeonatos de Estocolmo, diariamente se servía el té en el salón del club real. Una gran mesa redonda se reservaba a los jugadores, y a ellos se unía el rey y su séquito. Comer, beber y conversar sin la estrechez del protocolo, con libertad absoluta. Dialogar de deportistas. Cuando el rey intervenía en el torneo de tenis ofre-

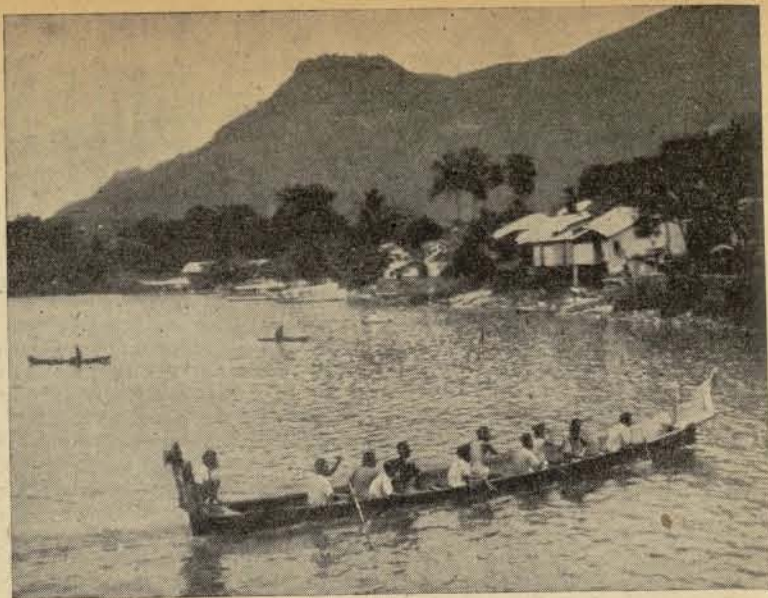
cía un té a los restantes jugadores, y ese día la familia real no tenía acceso a la sala, y era Gustavo V—M. G.—quien servía personalmente las tazas.

El rey Gustavo es un buen jugador de tenis. No es una leyenda. A los diez y ocho años hizo su primer viaje a Inglaterra, y fue tal el entusiasmo por el tenis que implantó el nuevo deporte en Suecia. Este es, sin duda, el más atrayente título que gusta dar a su gloria. Tiene este monarca en su haber la paz de su reino y la tranquilidad social. Buen deportista y buen monarca el tenis no es su sola pasión; M. G. es también el más intrépido cazador de su reino. Semanas antes de su operación, fatigaba aún a sus compañeros de correrías cazando a través de campos de nieve, forestas y estanques helados, durante toda una jornada. En verano, con un sombrero de panamá, entretiene las mañanas tripulando un barquito y dedicado a la pesca. Jugador de tenis, cazador, pescador, el "Decano de los reyes" aún encuentra tiempo, a lo largo de sus treinta y cinco años de reinado, para reunir importantes colecciones de porcelanas, muebles Imperio, tapices de Oriente. Posee los más bellos tapices persas del Mundo, y sobre todo una magnífica colección de orfebrería, donde las mil piezas que la componen constituyen una verdadera historia del arte sueco.

Su última pasión: la tapicería. Cuando se encuentra fatigado, coge

su tambor y borda. Su hermana la princesa Eugenia le provee de dibujos y le indica los colores. La armonía es misión femenina. Los productos de esta "industria real" son vendidos periódicamente en fiestas benéficas.

El retrato del rey de Suecia es familiar a todos: un retrato de Gustavo en traje de franela blanca y una raqueta en la mano. El otro, uniformado y severo, es el del hombre de Estado. Este soberano, que ha reinado durante uno de los períodos más agitados de la Historia contemporánea, todo su afán estriba en mantener intacto el prestigio de los Bernadotte, salvaguardar la paz de su pueblo a través de todas las guerras y la paz social contra todas las innovaciones políticas. Nacido en una corte extremadamente rígida, el primer gesto de Gustavo al subir al trono fue renunciar a ser consagrado rey. A pesar de las instancias familiares y de los nobles de su reino, rehúsa vestir el manto de armiño y ceñir la corona real sobre las sienes. Durante las ceremonias de apertura del Parlamento, sentado sobre el trono de plata maciza de la reina Cristina, contempla las insignias y atributos de su soberanía puestas ante él en una pequeña mesa. Jamás las toca, pero nunca las pierde de vista. Su atención está en el reino, y su mirada en los atributos de su mando. Es hombre para todos—M. G. en el tenis—, y es el rey para su pueblo: S. M. Gustavo V.



La propaganda inglesa hace huir a los indígenas hacia el interior.

EL "TELEGRAFO DE BAMBÚ" QUINTA COLUMNA EN LA JUNGLA

Los japoneses avanzan impetuosos. Las poblaciones indígenas huyen hacia el interior de los bosques aterrizadas a consecuencia de la propaganda británica. Edificios que se derrumban, puertos que desaparecen hundidos en la ruina. Hacia el interior de los bosques avanzan las tropas niponas. Tanto en la isla de Borneo, como en Filipinas, en Java, en Birmania, en Nueva Guinea y en Malasia la guerra extendió sus brazos y dominó tierras. Pero la población siente fuertemente su solidaridad asiática con los japoneses en contra de los ingleses, norteamericanos y holandeses.

En Sarawak, apenas los japoneses hicieron el primer desembarco fueron visitados por los notables de las tribus y recibieron su ofrecimiento. Los indígenas portaban pequeños obsequios de arroz, pescado; algo tímidos aún, desearon de expresar su simpatía a los hermanos asiáticos que los liberaban del yugo de los blancos y que fueron esperados siempre. En pocos días, las voces de esta buena acogida, la presencia de los liberadores nipones, se divulgó por todas las tierras, a través del famoso telegrafo de bambú, hasta el corazón de la montaña, hasta la misteriosa jungla, hasta la más apartada de las islas. La población huida comenzó a afluir. Embajadas de tribus y representantes de poblados hicieron presencia a los jefes japoneses. Traían obsequios de especias, plumas y pieles de animales. De estos dones primitivos y de escaso valor para los soldados, los indígenas pasaron a otra forma de colaboración bastante más útil, ofreciéndose como guías para atravesar los bosques. Los comandantes japoneses, que habían llevado consigo el material necesario para abrirse rutas a través de la selva y para construir pasarelas de circunstancia sobre los cursos de agua, algunos de los cuales eran peligrosos de vadear por estar infestados de cocodrilos, gimnotos y

sanguijuelas gigantes, tuvieron la sorpresa de constatar que buena parte de su material técnico era innecesario. Los indígenas conocen todo un sistema de pistas secretas para atravesar la jungla sin necesidad de hacha ni empleo de dinamita. Los bosques de la Polinesia tienen tal espesura que en grandes extensiones era imprescindible el uso de la dinamita para la apertura de rutas con la voladura de obstáculos. Los guías indígenas superaron estas dificultades. Ciertas pistas secretas tienen el aspecto de terminar improvisadamente contra una masa de vegetación impenetrable. Allí parece que ha de acabar el camino fácil, pero el guía encuentra siempre una especie de puerta secreta que tras pocos metros de espesura y follaje desemboca de nuevo en otra pista. Los indígenas saben dónde los ríos pueden ser vadeados. Entre una orilla y otra se han entre ejido puentes naturales de troncos y ramas sólidamente unidos con lianas. Sobre estos puentes rudimentarios pueden pasar batallones enteros con armas y bagajes.

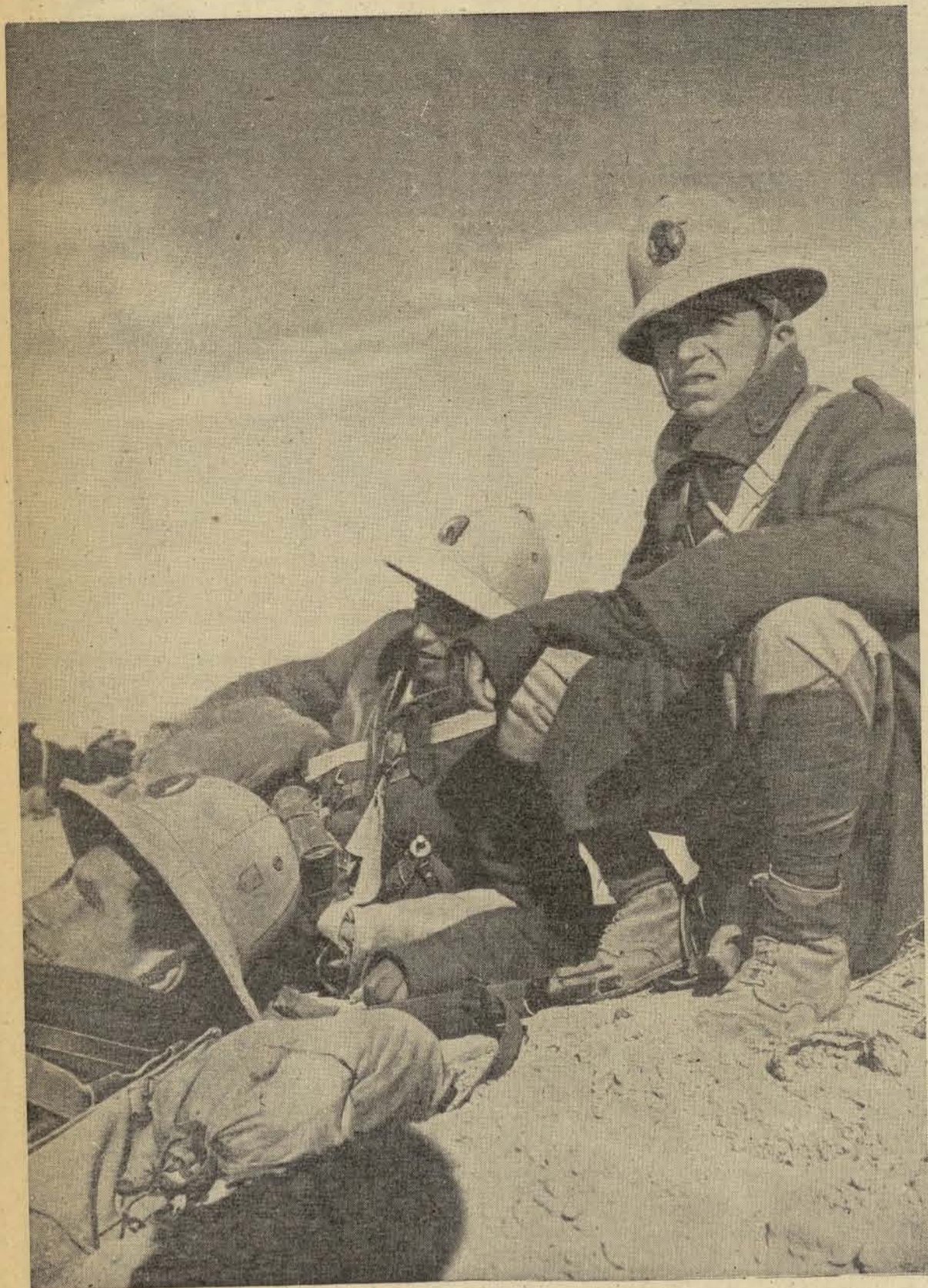
Viejos correos preceden a las tropas niponas preparando los campamentos para la noche. Cuando los japoneses hacen una etapa se encuentran las hogueras encendidas, las hojas recogidas para yacijas, además de tener preparados ranchos, a base de arroz, pescado y fruta. Gracias a la colaboración de los indígenas los servicios logísticos de los japoneses de ciertos lugares se han limitado tan sólo al servicio de municionamiento, con gran ahorro de tiempo. La propaganda británica ha caído por la eficaz labor de una quinta columna inesperada y poderosa: el telegrafo de bambú, que transmitía a todas las tribus la noticia de la llegada de los liberadores japoneses, hermanos de raza en guerra contra los opresores blancos ingleses norteamericanos y holandeses.

EL IMPERIO BRITANICO cede Europa a los Soviets

Inglaterra tendrá, antes o después—más bien lo primero que lo segundo—, un Gobierno de clara marca staliniana. Sería ingenuo pensar que el dictador rojo quiera contentarse con estar representado en la compañía del único barón Stafford Cripps. Stalin domina desde ahora el Reino Unido y el Imperio, aunque uno y otro continúan formalmente ensalzando el himno—languidez litúrgica de una iglesia sin fe—a S. M. Jorge VI. Extraño y trágico destino de un pueblo soberbio. La Rusia bolchevique debía, según su programa original, doblegar a Inglaterra. La Inglaterra de los banqueros de los feudos, de los lores, de la Inglaterra que es la isla medieval en las aguas europeas, era el enemigo. ¿Debiera doblegarla Moscú apoderándose de ella con las armas del Konmitern? La ha conquistado, sin duda, ya aliándose con ella. Hoy, que la paradoja se convierte en realidad concreta sólida segura el Padecito rojo dicta el "ukase" desde el Kremlin a los ingleses. ¿Esperaban los castellanos de Escocia que el bolchevismo, consolidando la alianza con la Gran Bretaña,

vertiese graciosamente su propia sangre por el Imperialismo británico? Santa sencillez. El bolchevismo ruso se bate únicamente por el bolchevismo británico.

El aniversario de la constitución del Ejército rojo se celebró en el Reino Unido y en el Imperio con tanta solemnidad como en la U. R. S. S. Grandiosos desfiles en las plazas de Moscú. Grandes desfiles semejantes en las plazas de Londres y en las de Liverpool. En Londres, Frank Owen se postro simbólicamente ante el "potente condottiero Stalin". En Liverpool, el fiel Cripps hizo uso de la palabra para definir "el voluntario sacrificio del Ejército ruso, factor decisivo de la suerte de la Gran Bretaña". Y para hacer una buena propaganda, añadió: "Tal voluntario sacrificio comunista deberá abrir el camino a la futura colaboración del Mundo. El pacto dice, en consecuencia, que a cambio de la ayuda facilitada por los bolcheviques en la guerra, Europa deberá ser bolchevizada con el beneplácito de los ingleses." La piel de oso vendida a la U. R. S. S.



Los ingleses combaten; combaten y pierden. Los prisioneros, resignados, esperan una liberación que pudiera quizá ser fatal para su patria.

Aspectos de la India: sus mujeres

El primer plano en que la guerra ha colocado a la India concentra la atención mundial hacia la especialísima naturaleza del pueblo indio, que tantos disgustos le ha dado a Inglaterra por su tenacidad en negarse a la occidentalización.

Entre las muchas facetas interesantes que nos muestran las costumbres de la India, vamos a prestar atención hoy, por unos minutos, a la mujer de esas tierras tan remotas y al destino a ella reservado en aquella sociedad.

MATRIMONIOS AUTOMÁTICOS

La división religiosa fundamental, dentro de la India, determina la profunda separación entre dos puntos de vista radicalmente distintos, en lo espiritual y, más concretamente, en lo moral; el sistema social antiguo, puramente indostánico, y el Islamismo, más reciente. El Indostanismo regulaba la vida india desde hacía millares de años y la influencia posterior de los mahometanos no ha podido vencer, excepto en algunas regiones, a la inflexible armazón antigua. Hay, pues, el matrimonio musulmán y el indio.

En cuanto a las mujeres indias, la norma es severa: todas ellas han de estar ya casadas antes de llegar a la pubertad, con objeto de protegerlas contra los peligros que supondría para ellas el tener que esperar un marido o el quedarse solteras. Luego, en cuanto es posible, este matrimonio contractual (en el que sólo una de las partes tiene alguna idea de lo que puede significar, cuando el novio no es también un niño, como suele ocurrir, y entonces son los padres de ambos esposos los que en realidad verifican el contrato) pasa a consolidarse con la vida común. Así, la mujer se encuentra ya casada, automáticamente cuando comienza a darse cuenta de sus deberes y derechos.

En esta idea del matrimonio como institución que absorbe totalmente a la mujer y la une, desde antes de tener consciencia de su papel en la vida al destino de un hombre, es donde hay que buscar el fundamento de ese rito terrible del *Sati*. El *Sati* es el sacrificio de su vida realizado por la viuda en las mismas llamas que consumen el cadáver de su esposo.

Precisamente semejante exaltación de la unión matrimonial es lo que nos explica el enorme desarrollo alcanzado por la población indostánica, fecundidad que es una verdadera desgracia para las clases inferiores de la India.

SOLTERIAS INEVITABLES

Como todas las mujeres tienen allí resuelto su problema esencial, no existe para ellas la necesidad de ganarse la vida fuera de casa. La mujer india, si se ve tratada con un mínimo de bondad y consideración, mostrará una gran capacidad de sacrificio. En las plegarias familiares se la cita como "la que eleva sus manos al cielo y hace elevarlas" antes de que el hombre salga para su trabajo diario.

En la mayoría de las familias educadas, ya sean o no *pardah* (veladas), el papel de la esposa y de la madre sigue siendo el mismo, excepto cuando las costumbres de Occidente han logrado dejar huella en este frágil material nativo que no había sido preparado lo bastante para recibir las influencias de otra raza. Los temores que manifiestan los dirigentes indios por ciertas tendencias favorables a la emancipación de la mujer india, no dejan de tener su fundamento porque ello destruiría todo su sistema social.

Una dificultad sería se plantea a causa de las diferencias sociales, tan tajantes en la India debido al sistema de castas. Las familias indostánicas tienen la obligación de casar a sus hijas en su propio medio o en un medio superior, mientras que los varones pueden elegir esposa en una casta inferior. Esto produce las inevitables solterías que es de suponer, ya que los maridos de casta elevada sólo existen en proporción limitada y que muchos de ellos emigran hacia un medio social inferior. Pero es tal el horror que se tiene a la soltería, que las mujeres condenadas a quedar "de más" en clases superiores—como la de los Brahmanes Kulin—, contraen matrimonio simbólico con un árbol o con un ídolo... Aparte de esas pocas excepciones, todas las mujeres de la India están casadas.



Danzas extrañas en la extraña India. Las mujeres, en religioso rito, danzan con sentido misterioso y solemne.

Estas costumbres están de tal modo arraigadas en el pueblo indio, que cuando se discutió el proyecto de ley que fijaba en diez y seis años la edad mínima exigible en la mujer para contraer matrimonio, se precipitaron miles y miles de casamientos con objeto de burlar esta disposición si entraba en vigor. Al publicar miss Mayo su sensacional libro *Mother India*, hirió profundamente en sus sentimientos al pueblo indio con los ataques que dirigía contra esos matrimonios precoces.

LA VIUDEZ TRAGICA

Antes de 1835, fecha del decreto propuesto por sir William Bentinck, era corriente ver a una mujer india subir a la pira funeraria y, sosteniendo entre sus manos la cabeza de su difunto marido, dejarse quemar viva junto al cadáver de él. Desde luego, no todas las mujeres tenían un valor tan extraordinario; pero el *Sati* era considerado como una prueba magnífica del culto a la indisolubilidad del matrimonio.

Exceptuando algunas regiones septentrionales de la India, la ley religiosa es inexorable con respecto a las viudas, prohibiéndoles terminantemente el contraer nuevo matrimonio. Así, en las clases elevadas, permanecen toda su vida vestidas de blanco, con la cabeza afeitada sin llevar el menor adorno y siempre mantenidas por su familia o, con más frecuencia, por la familia de su difunto esposo. Este triste destino es también el de la viuda que, casada desde la infancia, no llegó a hacer efectivo su matrimonio. Para ésta el destino es aún más duro, puesto que ninguna ley civil o reli-

Existen algunas sectas que autorizan el segundo matrimonio, pero por este solo hecho dejan de ser ortodoxas, encontrándose, sobre todo, en ciertas zonas de Bengala.

Antes, cuando se verificaban aún los *Sati*, se producía una extraordinaria efervescencia. En cuanto la viuda había decidido su sacrificio, la multitud se dirigía en peregrinación hasta su domicilio para recibir su bendición y para tocar sus vestidos. La infeliz víctima se entregaba al holocausto en un estado de exaltación hipnótica.

El último *Sati* oficial se celebró en 1839, cuando murieron quemadas las mujeres y amantes del maharajah Runjheet Singh, de Lahore. Pero aún hoy, pese a la prohibición, se celebran muchos *Sati* clandestinos, burlando a la policía británica.

LA REINA SUNJOTA DE DELHI

Es tradicional en la India la historia conmovedora de la reina Sunjota, cantada por el Rajputana, y en ella encontramos una semblanza, aunque en términos extremados, de la mujer india.

En los tiempos en que los Rajputs eran aún emperadores de la India, el emperador Chuan raptó a la princesa de Kanuj, la cual se llamaba Sunjota. Había negado su mano a todos los príncipes de la corte de su padre hasta que encontró a su héroe, le arrojó al cuello la guirnalda del matrimonio y éste se la llevó. Pasó el tiempo y se entabló una sangrienta lucha entre las armas de sus padres y las de su esposo. Después de una batalla que duró cinco días, Sunjota asistió a la derrota de su padre y recibió a su marido con gran júbilo, haciéndole olvidar las penalidades de la guerra.

Cuando los musulmanes descendieron de Ghuzni volvemos a verla animando a Chuan al combate, incitándole a luchar hasta la muerte, sosteniendo sin cesar su ánimo y prometiéndole ir a unirse con él, si caía en la contienda, en los Dominios del Sol.

Es célebre la respuesta de esta mujer cuando su marido vino a consultar con ella con motivo de la batalla contra Mahmud de Ghuzni: "¿Qué extraño que se pida consejo a una mujer! El Mundo entero la considera un ser de espíritu limitado de inteligencia superficial. Pero, ¿qué sería del Mundo sin nosotras? Somos una mezcla de ciencia y de ignorancia, de vicio y de virtud, ángeles y demonios. El astrólogo puede conocer los planetas, pero el libro de la mujer le está cerrado. ¡Este libro no ha sido nunca abierto ni leído y los hombres, para ocultar su ignorancia, dicen que no podemos comprenderlos! Sin embargo, la mujer comparte vuestras alegrías y tristezas y hasta cuando marcháis a los Dominios del Sol no os abandonamos. Somos los lagos en los que vosotros sois los cisnes y ¡ay de vosotros cuando os alejáis de nuestros corazones!..."

El emperador Chuan fue vencido en la lucha y condenado a muerte por Mahmud. La reina, fiel a su promesa, subió con su pena a la pira funeraria.

La poligamia no existe entre las clases altas, excepto cuando la primera mujer es estéril. Lo importante es tener un hijo, ya que la religión indostánica considera esto como esencial para la salvación de un hombre. En esos casos, la primera mujer no sólo consiente en que su marido contraiga nuevamente matrimonio, sino que, con frecuencia, ella misma se encarga de elegir a la nueva esposa, por creerse que así habrá más probabilidades de éxito.

En la práctica, el indio de clase elevada es monógamo. En los círculos inferiores y entre los parias, cada hombre suele tener varias esposas. Sin embargo, incluso entre las clases inferiores, cuando se trata de personas de una cierta educación, siguen la costumbre de las clases altas.

La poliandria, es decir, una mujer para varios maridos, está casi extinguida. Sólo subsiste entre algunas razas del Sur y también entre los pueblos semibudistas del Himalaya.

UNA ANECDOTA MODERNA

A pesar de la influencia europea, la mayoría de las mujeres indias son aún *pardah*, o sea, llevan velo en el rostro, como las musulmanas. Desde su adolescencia se recluyen para el resto de sus vidas, saliendo en vehículos cerrados. No ven, en lo que a hombres se refiere, más que a sus maridos y hermanos. Las damas *pardah* dan recepciones y fiestas entre ellas, pero las amigas no pueden llevar a sus maridos. Las mujeres de los obreros no pueden ser *pardah* aunque lo deseen.

Hace algunos años ocurrió en Simla un gracioso incidente que da todavía mucho que hablar en aquellos salones. Su excelencia la virreina daba un té en honor de algunas damas *pardah*, una *pardah-party*. Como hacía muy buen tiempo, se preparó en el jardín un recinto rodeado de espesas telas procedentes de las tiendas de campaña. En lo más animado de la reunión empezó a llover. Era una tormenta súbita, característica del Himalaya. El ayuda de campo de servicio, inquieto por la delicada salud de la virreina, olvidó totalmente que no debía entrar allí, y se precipitó con un paraguas en el interior del recinto donde se hallaban las damas. Se produjo una conmoción enorme. Las señoras inglesas no sabían qué decir y las damas del país estaban en un estado de estupor e indignación terrible. Por fin, una señora musulmana de edad avanzada, con más mundo que las demás, salvó la situación diciendo en voz muy alta: "¡Calma, amigas mías, calma; por favor, no os alarméis! Este hombre no es más que uno de los eunucos de su excelencia".

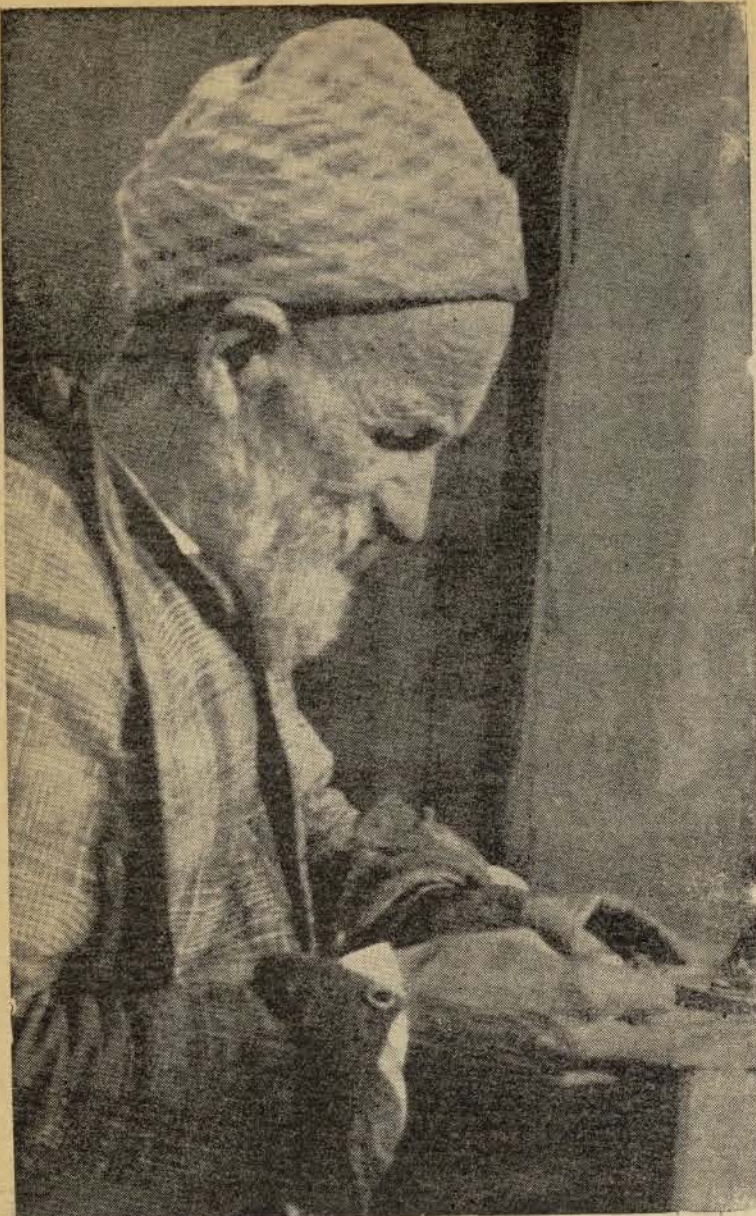
Y la reunión prosiguió apaciblemente.

DANIEL VILLENA



Las mujeres indias no se reflejaron en la actualidad hindú. Están sometidas a una influencia religiosa que abarca su vida toda.

Croacia, el Estado más joven de Europa



Viejo artesano musulmán de Bosnia. Ochocientos mil hombres profesan esta religión en la región croata.

¿Qué ocurrió en los territorios que rodean al nuevo Estado croata, más contaminados en el pasado por las infiltraciones serbias? ¿Qué ocurrió en los territorios eslavos de los Balcanes inmediatos, ocupados por tropas de Italia y Alemania?

En todas estas regiones, terminada la guerra balcánica del segundo ciclo primaveral de 1941, se continuaron los combates. Derrotadas las fuerzas armadas regulares serbias, los italianos, alemanes y croatas se encontraron ante difusas organizaciones comunistas diseminadas por todos los territorios ocupados que, bien armadas y favorecidas por la naturaleza montañosa y desértica

de muchas zonas, se lanzaron a la guerrilla, imponiendo a los tres ejércitos aliados una dura y continua labor de policía. Londres y Washington presentaron esta guerrilla como una prueba de implacable espíritu y de combate natural servio. En realidad la guerrilla fue tan sólo expresión de un fenómeno anárquico y comunista, hostil al mismo régimen político tradicional servio, al régimen de los generales que diezmaban los combates. Derrotadas las fuerzas armadas regulares serbias, al Pacto Tripartito. La guerrilla fue el resultado inevitable del estado latente de insurrección, el desorden espiritual y político del pueblo serbio y montenegrino, que constituían uno de los aspectos de no me-

nos importancia de la endémica crisis interior de Yugoslavia.

PRIMER AÑO DE INDEPENDENCIA

Croacia pagó su tributo a la guerra y a Europa. Sus hombres combatieron al comunismo junto a los ejércitos del Eje, y luchan hoy con los cruzados de Europa contra la U. R. S. S. El día 23 de febrero, el "Poglavnik", doctor Ante Pavelich, inauguró solemnemente el "Sabor", primera Dieta del Estado independiente de Croacia. El 10 de abril de 1941, sobre las ruinas de una Yugoslavia derrotada y huida, fue proclamada la independencia. Dos fechas básicas del nuevo Estado. Croacia es claro ejemplo de la justicia con que se edifica a sí misma la Europa Continental que renace bajo el signo de un orden nuevo que busca bases de realidad y da a cada

Dentro de los distritos están los Ayuntamientos con autonomía. Aparte de estas entidades administrativas existen en cada provincia y distritos las organizaciones del Movimiento "Ustasa". La Jefatura del Movimiento es el Cuartel General Ustasa, que manda el "Poglavnik", y doce "doglavniks", y en cada provincia, distrito y pueblo existen diferentes unidades y organizaciones. Así organizada, la administración del Estado funciona desde los primeros días de tal forma, que sus resultados se perciben al compararlos con los del sistema que estaba en vigor durante el dominio servio. Una de las labores más importantes fue la legislación. Durante este año de vida del nuevo Estado, el "Poglavnik" promulgó numerosas leyes, inspiradas en las ideas sociales y éticas que constituyen la base del resurgido Estado milenarista. La organización del Ejército

de enseñanza primaria, La juventud croata, encuadrada en el Movimiento "Ustasa", es portadora de la nueva ideología y principios políticos, sociales, económicos y culturales. La nación croata, intelectual, productora y campesina, se siente unida más que nunca en la realización del sueño de la libertad e independencia de tantas generaciones. La labor realizada por el Gobierno y el pueblo croatas en el primer año de su vida estatal es garantía y testimonio de un futuro próximo de grandeza y prosperidad.

MUSULMANES EN EUROPA

Las provincias orientales croatas Bosnia y Herzegovina fueron durante largos siglos teatro de las luchas sangrientas entre el Oriente y el Occidente. En el año 1463 los turcos conquistaron Bosnia y la agregaron al Imperio Otomano; pero con este hecho no cesaron las luchas continuas. Con la conquista de Bosnia se empezó a difundir el Islam, que se ha conservado puro e intacto hasta nuestros días. A consecuencia de la situación geopolítica del país que se encontraba en las fronteras de dos mundos, la religión durante siglos separaba a los hermanos por raza y por sangre. En el año 1878, Austria Hungría anexó

la lucha durante veinte años con fe absoluta en la victoria final de sus justas exigencias. Cuando la desastrosa política servia motivó la guerra contra las potencias del Eje, los soldados croatas arrojaron las armas y saludaron cordialmente a los invictos soldados del nuevo orden europeo, que les ayudaron a realizar sus sueños seculares de libertad e independencia.

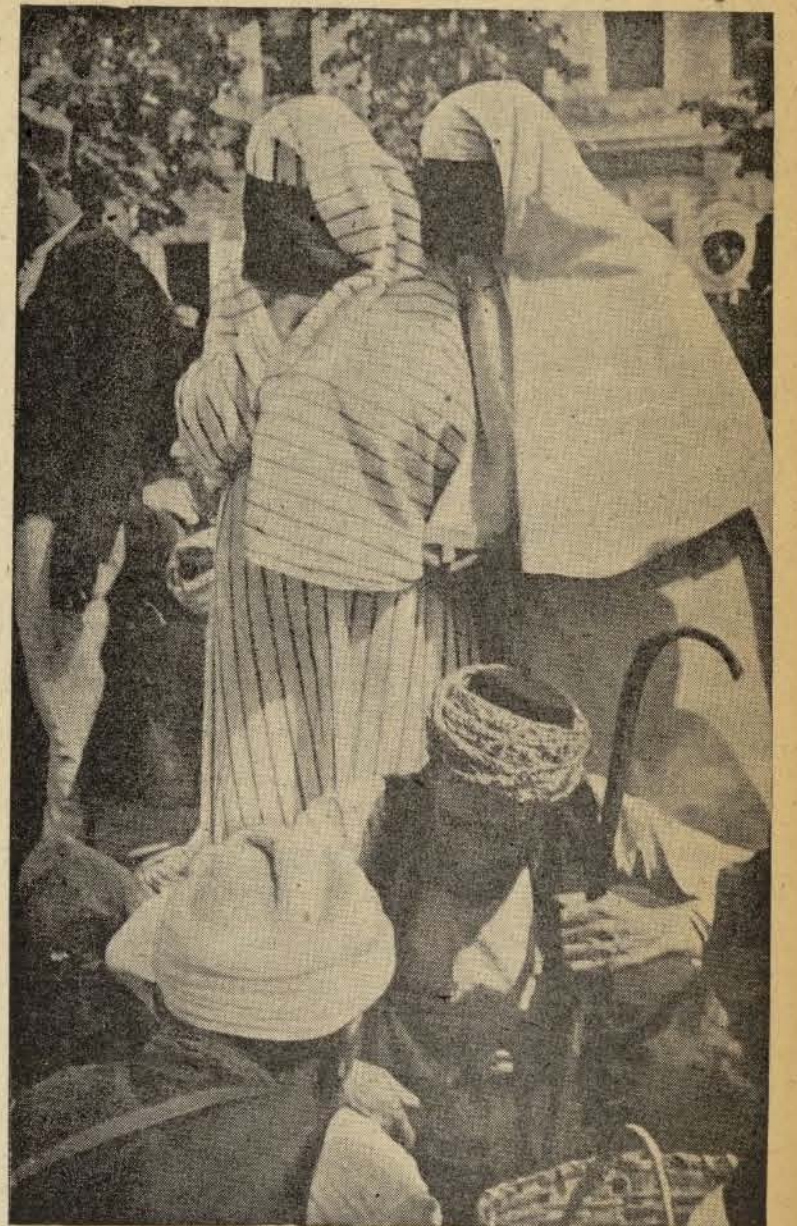
Desde los primeros días de la vida nueva de Croacia se tuvo en cuenta a los musulmanes y los problemas de sus respectivas provincias, por lo cual colaboraron en la labor de organización del nuevo Estado. De los siete millones de habitantes, seis son croatas católicos y ochocientos mil musulmanes. Ojos azules, pelo rubio, tez blanca; son los musulmanes de Europa, vestidos con la indumentaria popular, lucen su tradicional fe; es un pueblo incontaminado. En el Gobierno se encuentran hoy dos representantes de los musulmanes, que son: el vicepresidente del Consejo, doctor Drafer Bey Kolenovich, y el ministro de Montes y Minas, doctor Hilmi Beslagich. Los musulmanes ocupan además altos puestos en la administración, diplomacia y educación nacional. En el ejército se han organizado divisiones especiales. Los Gobiernos de la desaparecida Yugoslavia tuvieron en aban-

ESTADO MILENARIO EN LA VIEJA EUROPA

Los croatas entraron en la Historia a mediados del siglo VII, y con su victoria sobre los ávaros se adueñan de la mayor parte de la actual Croacia-Eslavonia, del noroeste de Bosnia y de gran parte de Dalmacia. Carlomagno conquista la región occidental de los territorios croatas, y durante un siglo el pueblo sureño es sometido, sucesiva-

mente, a los francos, bizantinos, venecianos, moravios y búlgaros. Desastrosa la política de la realeza; pero Kresimir III se ve obligado a reconocer la soberanía bizantina. Esteban I se casa con la hija del "Doge" de Venecia, Orseolo. El hijo de ambos refuerza con Venecia y la Santa Sede. En 1076, Zvonimir es coronado en Spalato por el legado del Papa Gregorio VII. Doce años después fallece sin descendencia, y el rey de Hungría, Ladislao, presenta sus reivindicaciones en calidad de hermano de la reina viuda. Parte de la nación croata acepta la unión personal con el Estado húngaro; otra se subleva, pero es vencida, y en 1102 el sucesor de Ladislao, Coloman, se corona rey de Croacia. Desde esta fecha hasta el otoño de 1918, es decir, durante más de ocho siglos, Croacia formaba parte de los territorios de la Corona de San Esteban, gozando siempre de una amplia autonomía.

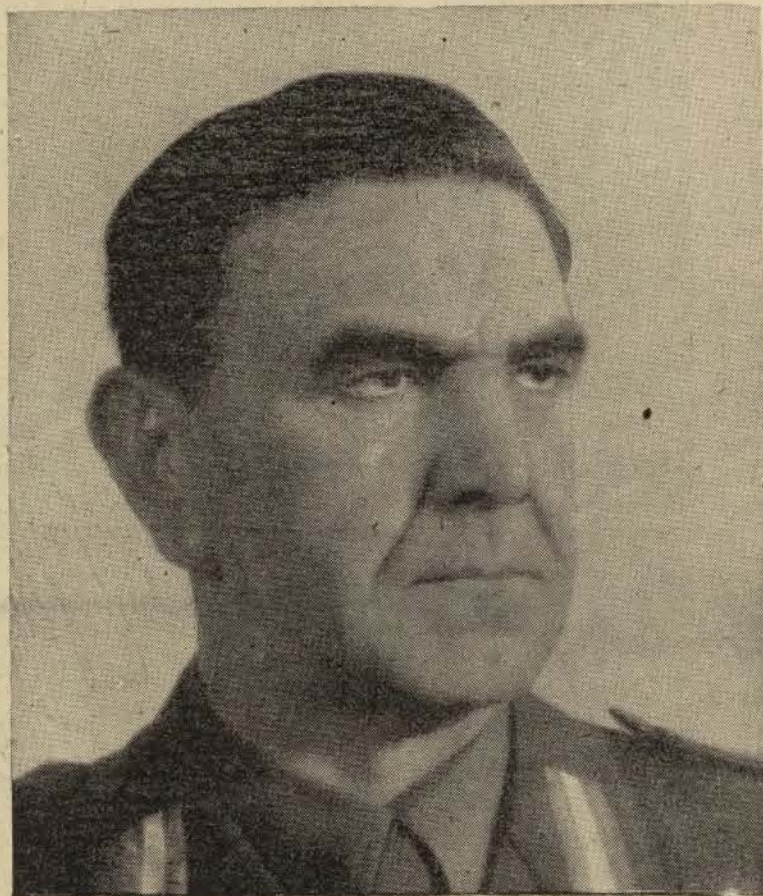
Croacia bajo el régimen húngaro gozó de una amplia autonomía. Desde los albores de su historia el pueblo croata ha vivido siempre en régimen monárquico, y nunca, ni transitoriamente, en República. El nuevo reino será principalmente agrícola y encontrará mercados en los países del Eje para sus productos del campo, ganado y madera. Croacia-Eslavonia mide 42.500 kilómetros cuadrados; Bosnia-Herzegovina, 51.027; Dalmacia, 12.863. La superficie del nuevo reino de Croacia es de 115.135 kilómetros. Por consiguiente, el nuevo país tiene, aproximadamente, la quinta parte de la extensión superficial de España.



Mujeres musulmanas croatas. Caras tapadas, ojos que alean. Hombres y mujeres rubios, tez blanca. Raros musulmanes de Europa.

Croacia ha surgido de nuevo al mundo, y rompió las ligaduras que le ataron al antiguo imperio austro-húngaro y a la fenecida Yugoslavia, Croacia libre, independiente como no lo había estado desde 1102.

LUIS DE PALENCIA



Ante Pavelich, el caudillo de la independencia croata.

uno lo que en verdad le correspondía. estuvo encomendada al mariscal Slavko Kvaternik. El nuevo ejército croata, fiel a las gloriosas tradiciones de sus antepasados, tiene una grandiosa e importante tarea en la consolidación del Poder y la organización del Estado.

Entre las leyes más importantes se hallan la de defensa de la raza y honor de la nación, purificación del idioma y defensa de la cultura autóctona, leyes demográficas, etcétera. En el campo social y económico se han efectuado reformas radicales. Se efectúan trabajos de saneamiento y desecación de 250.000 hectáreas, foco de numerosas enfermedades infecciosas. El Instituto de Colonización proporciona terrenos de cultivo a los agricultores que no lo poseen y a los padres de familias numerosas. Uno de los primeros actos de Pavelich fue conceder un crédito de cien millones de kunas (unos 20 millones de pesetas) para la construcción de viviendas protegidas en diversos centros industriales de la nación, cuya realización está acabada, y ya disfrutaban de ellas numerosas familias obreras. En la política económica se considera el trabajo como superior al patrón oro, siendo la economía dirigida y fiscalizada por el Estado. En el campo de educación nacional se trabaja según los principios del nuevo concepto estatal y político. El nuevo vigor y esfuerzo superador cultural comprende desde la Academia de Ciencias y Arte y la Universidad hasta la última escuela.



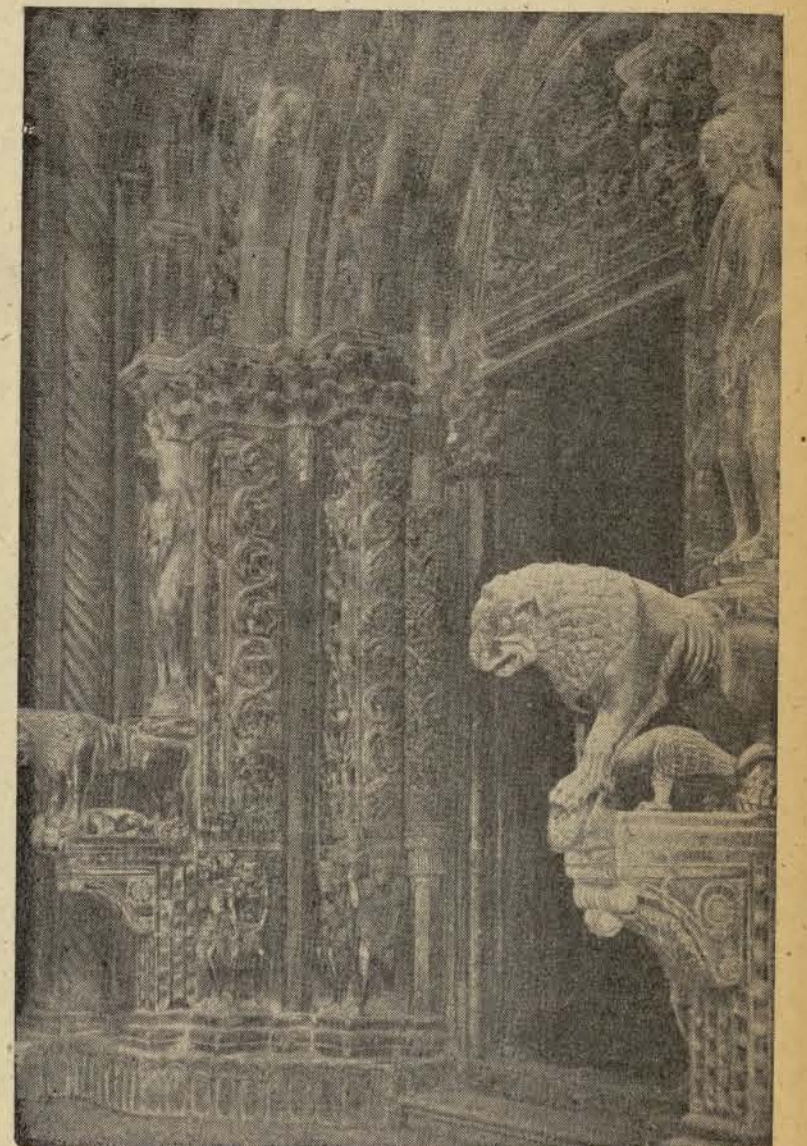
Vista general del puerto de Dubrovnik.

las provincias de Bosnia y Herzegovina, y desde entonces los habitantes se sentían más unidos. Después de la Gran Guerra, cuando Croacia fue incorporada a la Yugoslavia, los croatas se unieron a la musulmana. Se edificó como jamás antes lo estuvieron una mezquita, y junto a las torres porque tenían que soportar el error del proselitismo de la política servia. Los serbios en pocos decenios hicieron desaparecer el Islam de su territorio nacional y trataron de imponer la misma política en el territorio croata. Los musulmanes católicos de Croacia soportaron la

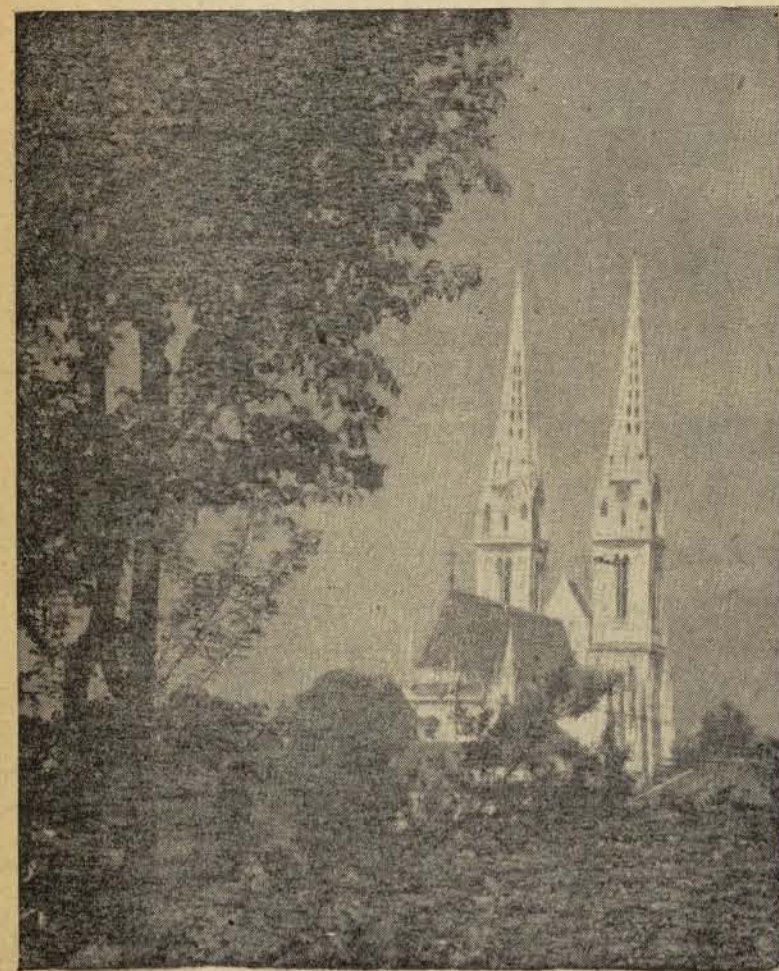
mente, a los francos, bizantinos, venecianos, moravios y búlgaros. Desastrosa la política de la realeza; pero Kresimir III se ve obligado a reconocer la soberanía bizantina. Esteban I se casa con la hija del "Doge" de Venecia, Orseolo. El hijo de ambos refuerza con Venecia y la Santa Sede. En 1076, Zvonimir es coronado en Spalato por el legado del Papa Gregorio VII. Doce años después fallece sin descendencia, y el rey de Hungría, Ladislao, presenta sus reivindicaciones en calidad de hermano de la reina viuda. Parte de la nación croata acepta la unión personal con el Estado húngaro; otra se subleva, pero es vencida, y en 1102 el sucesor de Ladislao, Coloman, se corona rey de Croacia. Desde esta fecha hasta el otoño de 1918, es decir, durante más de ocho siglos, Croacia formaba parte de los territorios de la Corona de San Esteban, gozando siempre de una amplia autonomía.

Croacia bajo el régimen húngaro gozó de una amplia autonomía. Desde los albores de su historia el pueblo croata ha vivido siempre en régimen monárquico, y nunca, ni transitoriamente, en República. El nuevo reino será principalmente agrícola y encontrará mercados en los países del Eje para sus productos del campo, ganado y madera. Croacia-Eslavonia mide 42.500 kilómetros cuadrados; Bosnia-Herzegovina, 51.027; Dalmacia, 12.863. La superficie del nuevo reino de Croacia es de 115.135 kilómetros. Por consiguiente, el nuevo país tiene, aproximadamente, la quinta parte de la extensión superficial de España.

Croacia es económicamente un país viable, y presentará un tipo de democracia campesina. El 18 de mayo de 1941 una numerosa delegación se presentó en Roma, y el Rey-Emperador de Italia designó como soberano de Croacia al duque de Spoletto. El mismo día quedaron delimitadas las fronteras. El reino trino: Croacia-Eslavonia-Dalmacia, pierde la mayor parte del litoral dálmata en beneficio de Italia, que se incorporó a la parte situada entre Zara y Spalato, lo mismo que la bahía de Cattaro, de gran importancia estratégica.



El arte croata tiene destacada personalidad. Puerta de la iglesia Trogir.



Como en nuestras catedrales góticas, la de Zagreb, airosa y esbelta, eleva las agujas de sus torres al cielo.

Molde y cifra del barroco en la literatura española

El año 1642 se publica en Madrid el *Arte de Ingenio*, la primera preceptiva literaria escrita en Lengua española, editada a costa de Roberto Lorenzo, mercader de libros. La dedicatoria iba dirigida a Baltasar Carlos, el malogrado príncipe, fruto del primer matrimonio de Felipe IV. El extraordinario éxito de la obra, cauce y método de una tendencia muy en boga, hace que en 1648 se imprima en Huesca nuevamente, notablemente refundida y ampliada, bajo el título de *Agudeza y Arte de Ingenio*. Su autor es un jesuita aragonés, Baltasar Gracián, espíritu atormentado y reflexivo, una de las cumbres más ampliamente soleadas del pensamiento español del áureo siglo XVII.

En los pocos años transcurridos entre una y otra edición, España vive horas amargas: reveses marítimos —agudización de los ataques de piratas, bucaneros y filibusteros contra nuestros galeones de Indias—, la unidad peninsular cuarteada por las sublevaciones de Portugal y Cataluña, derrotas de Rocroy y Lens en los Países Bajos, rebelión en Sicilia y Nápoles... Baltasar Carlos, concreción de las esperanzas del país, muere en el otoño cénico de 1646, cuando apenas contaba diez y siete primaveras. Ese mismo año los franceses invaden la región catalana. Gracián, nuevo *pater castrense* enardece a las tropas, y el enemigo es obligado a levantar el cerco de Lérida y a retirarse tras sangrienta derrota. Los soldados dan el sobrenombre de *Padre de la Victoria* al autor del *Arte de Ingenio*. Pero este episodio debelador y reivindicatorio de un miembro nacional, no significaba el umbral exultante de más elevados destinos para la patria sino un rápido fulgor en el áspero colofón de su ruta imperial. Que no se hirió al ibero león sin sufrir sus zarpazos. Aun en horas aciagas lucieron enhiestas las flámulas de la hispana gesta. Tal vez fué esta consideración subconsciente la que había de inspirar a Sor María de Agreda, dirigiéndose a Felipe IV, aquella frase energética, saturada de patriotismo y fe en el futuro: "Esta navicilla de España no ha de naufragar jamás, por más que le lleve el agua al cuello".

El agudo hispanista alemán Ludwig Pfandl establece un adecuado parangón entre Cervantes, Quevedo y Gracián, como tríloga característica de la España del siglo XVII, "el primero hombre más que nada, el segundo escritor ante todo, el tercero sólo filósofo". Con juicio certero nos desarrolla la epopeya del *Padre de la Victoria*, antorcha serena en renovado esfuerzo por encauzar la disipación áulica de la época:

"Gracián es el superhombre barroco del siglo XVII español, descontento del Mundo y de sus contemporáneos, empeñado en animar la muerte y débil materia con la centella del espíritu, y en lucha constante con las armas de la razón, contra la tontería y la maldad; resulta finalmente vencido en el desigual combate, y como última salvación sólo conserva su confianza en un mundo mejor. En su exuberancia y voluntad de refinamiento, es el heraldado más sonoro del sentimiento barroco español; en su pesimismo, en su espíritu satírico y en su aislamiento, en consecuente antitesis barroca, es el juez implacable y despectivo de una época de decadencia y disolución. Por esto sus obras principales se dividen sin esfuerzo en dos direcciones: la una tiene como objetivo el hombre perfecto; la otra, a través de la dolorosa depuración de la concepción pesimista del Mundo, conduce a la luminosa cima de la segura esperanza en la otra vida."

Si la gran fama de que gozó su *Arte de Ingenio* superó entonces al resto de sus obras, fueron todas en la misma medida olvidadas en el siguiente siglo XVIII, revisionista, fríamente analítico y postergador de nuestros valores en aras de lo importado de ajenos países, aunque en muchas ocasiones lo más universal de los modelos literarios fluyese de hispánico manantial. De aplicación genérica a los distintos órdenes de la literatura podemos considerar la juiciosa reexaminación que dirige Iriarte a los lectores de su tiempo:

"... español que tal vez recitara quinientos versos de Boileau y el puede ser que no sepa todavía en qué Lengua los hizo Garcilaso."

Son los filósofos alemanes, principalmente, los que en el siglo XIX empiezan a dar a conocer los valores legítimos que latían en la producción de Gracián.

Reintegradas a la pública estimación española las obras del jesuita aragonés bajo el esparadazo de la opinión sabía extranjera, un fenómeno explicable y contrario al que antes apuntábamos culmina en la apreciación superlativa de sus libros filosóficos —*El Criticón* especialmente—, y el olvido casi general o la simple alusión escueta al *Arte de Ingenio*, de cuya primera redacción se cumple en estos días el tricentenario. El mismo Farinelli la califica despectivamente como "la Biblia de la perversión literaria de España en el siglo XVII", mientras que ensalza copiosamente los escritos filosóficos como "rales y destaca los principios eternos

que en los mismos gravitan": "nunca olvidará el político que la vida del hombre no es otra cosa que una lucha sobre la haz de la tierra"; Gracián aconseja "oponer la milicia a la malicia", y anima ardientemente a la pelea contra las perversiones del Mundo. De esta forma el decantado pesimismo del autor de *El Criticón* está muy lejos de la angustia desoladora de ciertos pensadores germanos a los que se ha comparado, y dirigido por las verdades religiosas, se convierte en animoso soplo que no se resigna a sucumbir ante el mal.

Si la *Agudeza y Arte de Ingenio* gozó de gran prestigio y favor entre el público letrado del siglo XVII, ello se debe al auge y gusto general por lo barroco, del que sentía minuciosamente los preceptos, autorizados con la aportación de ejemplos escogidos, ora entre los autores más destacados del Siglo de Oro, bien entre mediocres cultivadores de las letras, amigos o paisanos del preceptista.

Un estudio preliminar del barroquismo en su expresión literaria no puede prescindir de esta obra. La literatura barroca, pífano de una angustia, nacional y última fase en la evolución del mundo artístico del Renacimiento, brota en sus dos vertientes, culterana y conceptista, no antagónicas de una forma tajante, sino con interferencias mutuas. El culteranismo, frondoso, exuberante en vocablos e imágenes, podrá descuidar la intención y el alma de la frase, pero descubre el valor musical, coloreado, rítmico de la palabra. El conceptismo aparece recortado, conciso, plético de ideas; huye de las galas del ropaje externo para adentrarse en la esfera del espíritu.

Gracián se nos revela en todo su libro estrechamente ligado a la forma conceptista. Inclinan a su ánimo una serie de tratados de altisonante pretensión en su enunciado, retorcidamente barroco: *Espejos y alabanzas de la vida humana*, *Asilos notables de prudencia*, *Norte y guía de príncipes*, *Deleite y amargura de los dos cortes, celestial y terrena*, *Decretos de sabios y triunfos morales*, *Flores de apotegmas y selvas de aforismos*...

¿Cómo hay que enender el título de *Agudeza y Arte de Ingenio*?

El ingenio es para Gracián y los tratadistas de su siglo lo que hoy designamos con el término *genio*, un extraordinario desarrollo de las facultades intelectivas, viveza de comprensión, rapidez en aportar la solución más adecuada ante un problema concreto, facilidad y selección en el manejo del diálogo, visión exacta del Mundo y las gentes. La *agudeza* "déjase percibir, no definir". "Lo que es para los ojos la hermosura y para los oídos la consonancia, eso es para el entendimiento el concepto"; en otro lugar añade que "es un acto del entendimiento, que exprime la correspondencia que se halla entre los objetos".

El estilo de Gracián es recortado, lacónico, incisivo—"lo bueno, si breve, dos veces bueno", "más obran quinquasencias que fárragos"—y tiene una limpia ascendencia castellana en la tendencia a lo sentencioso, palpante en nuestra literatura desde los pensamientos morales de Séneca hasta los proverbios anónimos o los refranes populares. Gracián estudia con detención las ingeniosidades y sutilezas, anel del gusto dominante, unas veces bajo el manto alegórico y simbólico, otras en las formas extremas de jeroglíficos y enigmas. La paradoja, el retruécano y el equívoco, tan usados por Quevedo, nervio del conceptismo, cabrilleán junto a la frase famosa del estadista o el dicho heroico.

Mención especial se dedica a la filosofía ética, donde van a desaguar las sentencias "como en océano de las fuentes de tanto sabio" y engarza, entre otras, una de Rufo, de graciosa expresión, en un tema repetidísimo, muy del carácter de nuestra filosofía popular:

"Todo el tiempo que vivimos, hacia el morir caminamos; rodeando, si velamos, atajando si dormimos."

El *Arte de Ingenio* concluye dándonos las reglas para hablar bien. Hay que huir de afectación vana y el ornato retórico y superficial, cuidando más bien el sentido y el concepto. Se usarán palabras castas y

propias para dar en el estilo natural, que, "como el pan, nunca enfada".

Muchos detractores de valía han tenido hasta hoy las escuelas del barroco, motejado una y otra vez como aberración estética, degeneración literaria, decadentismo y otros de nuestros; pero cabe destacar que actualmente autorizadas plumas salieron en su defensa.

No podemos negar que en la producción de los autores culteranos imitadores de Góngora se ha diluido muchas veces la fuerza poética del maestro y sólo queda una crepitante pirotección verbal de contenido inane, y en los conceptistas de rango inferior al de Quevedo y Gracián, nos

extraviáramos en un laberinto intrincado e indescifrable de frases alambicadas y oscuras. Mas la orgía de imágenes y metáforas en el culteranismo abre los senderos que conducen a la poesía pura, y su empleo de cultismos y neologismos había de enriquecer en gran manera nuestro léxico con un caudal de voces propias empleadas hoy en la conversación ordinaria, mientras que en los mejores libros conceptistas, aparte de una saludable gimnasia de las funciones mentales, moral y aleccionadora, podemos rastrear los precedentes innegables de las más recientes teorías filosóficas.

ALBERTO SANCHEZ SANCHEZ

La locura de Roberto Schumann

El hallar la muerte en acto de servicio es, incontestablemente, signo de heroísmo. Dar todo, hasta la vida si es menester, por un ideal hondamente alimentado, es sencillamente sublime.

A Roberto Schumann le correspondió este honor, además del de músico inmortal. Y ello por haber emprendido la ardua tarea de dar una forma a su fantasía, con lo que su naturaleza, débil y enfermiza, tropezó con el más atroz de los obstáculos: la locura.

¿Sabía él, al menos, que la encontraría en su camino? Todo lo deja suponer, para confirmación de su heroísmo. Incluso se puede afirmar que fué casi un presentimiento. La extraña muerte de su padre, la locura y después la muerte, en plena juventud, de su hermana Emilia, fueron el temido albadonazo al Schumann temeroso y totalmente ignorado de su época.

Pero analicemos, aunque someramente, la vida y los hechos de este gran músico, y es entonces cuando enconaremos al héroe, generalmente eclipsado por la gloria retumbante del compositor.

Schumann parece ser, a nuestro juicio, el arquetipo cabal del ser angustioso, del que nuestro Miguel de Unamuno hubiera tomado multitud de datos interesantes para escribir algunas de las páginas más profundas de su famoso libro *El sentimiento trágico en la vida de los hombres y de los pueblos*. Porque en la mente del insignificante compositor que nos ocupa latía en todo momento un constante anhelo de inmortalidad, un ansia incontestable, mezclada de noble ambición por dar a conocer a la posteridad las exquisiteces de su alma, prodigiosamente sensible.

Este imperioso anhelo de inmortalidad buscó con ahínco en la juventud de Schumann un medio de manifestarse. Es así como le vemos, sucesivamente, poeta, recitador, escritor, pianista, improvisador, crítico musical... Oyendo a Paganini, decide hacerse virtuoso. Mas al querer meditar el estudio del piano por un sistema absurdo nacido de una juvenil impaciencia, se le paralizan los dedos de sus manos. La gloria soñada sobre su virtuosismo se esfuma como por encanto. Y queda enhiesto, como una obsesión ingente, aquel afán "de ser", no por el mero hecho de "serlo", sino por descargar su alma del enorme peso que suponían "las respuestas que traen los artistas a las preguntas que otros dejaron formuladas", como dirá Oscar Wilde.

La angustia, en él, toma caracteres de grandes proporciones. La composición musical le brinda un ancho campo, donde convergerán, dentro de una misma manifestación, sus anhelos de desahogo, para dejar plasmados en su música, cual un magnífico vaciado de yeso, la rara ambigüedad de su vida, la que dará a todas sus obras un encanto especial.

El Romanticismo llama entonces a su corazón, bondadoso y llanote. Y Schumann le abre las puertas de par en par para abrazarse a él, no por la perspectiva de egotismo que se le

ofrece, sino por lo que representa de derroche sentimental. Pero, ¡ay!, desde aquel entonces comienza la verdadera tragedia de su vida: dar una forma, pulir, revolucionando más y más, las reglas espirituales y técnicas que permanecían inmutables, fuertemente asenadas a unas restricciones del sentimiento y de la expresión; abandonar la mecánica grave, la parsimonia de lo acabado y lo predispuesto para dejar paso, sin los grandes grilletes de preceptos que hasta entonces eran intangibles, a un decir al que la exuberancia grandilocuente, e incluso un encantador egotismo, llenaron preponderantemente de melancólico donaire.

Así vemos cómo Roberto Schumann refleja, en las obras escritas en su mocedad, es decir, sus *Carnavales*, *Danzas*, *Estudios*, su *Fantasia*, las incidencias de sus relaciones amorosas con Clara Wieck. Unas obras lloran sus desvenuras; otras cantan sus pasajeras alegrías. Y siempre, tras un lirismo puramente romántico, en el que el frenesí del ensueño y la pasión nos conducen por caminos misteriosos y ambiguos al caos excelso, pero dolorosamente desconsolador, de una idea que no tiene, en general, ni trayectoria consciente ni finalidad prefijada.

No obstante, es en esa ambigüedad, en ese desorden de ideas, propio a veces de una mente atolondrada pero genial, donde encontraremos cual milagroso producto de su inmortalidad, una severa unidad del sentimiento, leal y hondamente derrochado.

Y aunque el Romanticismo, tan justamente representado por las obras de Schumann, tuviera ante el genio de Goethe caracteres de debilidad y de "enfermizo o morbosos"—calificativos justos y precisos—, ello no quita con la imparcialidad que nos da la enorme distancia de los años, que el mérito en sí desmerezca, ya que Schumann conoció como pocos las dificultades que se interponen a la gloria.

La obsesión artística lleva al músico a vivir una vida sacrificada, dejando en cada una de sus obras, y sobre todo en sus tres últimas sinfonías, jirones tras jirones, su razón, ya malherida. Fué una trágica carrera, cercada de angustia y de desmayos, pero plena de heroísmo, por crear cuanto pudiera, antes de la inevitable catástrofe, en el más atroz de los destinos. El choque, esperado desde largos años, había llegado con el ma emático paso del tiempo.

Hoy, al contemplar su tabla cronológica de obras, vemos en blanco ese año de 1855, el de su locura. Y en la blancura nítida del papel nos parece ver brillar siniestramente una mirada vidriosa y perdida, mientras un algo indefinible se remueve de respeto y veneración hacia el sublime loco de Enderich el cual supo sacrificar a la Música, con uno de los más puros sacrificios, el calor amante de un hogar bajo la emocionante dulzura de Clara Wieck y las sonrisas infantiles de seis hijitos, en pleno apogeo de su inocencia.

JOSÉ M.^o DELGADO-ARNAU

La Virgen del Pilar es la Reina de la Hispanidad

Primera. El Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza convoca a un Certamen para premiar el mejor trabajo escrito que se presente, sobre el tema: LA VIRGEN DEL PILAR ES LA REINA DE LA HISPANIDAD.

Segunda. A este Certamen podrán concurrir todos los españoles, los portugueses y los hispanoamericanos que lo deseen.

Tercera. El autor puede dar a su obra la extensión que crea necesaria, sin otro límite que tener presente se trata de un estudio documentado histórico-literario, tal como suele exigirse en esta clase de trabajos.

Cuarta. Las obras deberán estar escritas en español, a máquina, y llevarán un lema que figurará asimismo en la cubierta de un sobre cerrado que acompañará a aquéllas y el que contendrá el nombre, apellidos y domicilio del autor o autores.

Quinta. Los trabajos se presentarán en la Sección de Gobierno del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, hasta las doce horas del día 31 de agosto de 1942.

Sexta. El premio que se conceda será único e indivisible y consistirá en la cantidad de

VEINTICINCO MIL pesetas.

Séptima. El Certamen será fallado por un jurado de reconocida competencia que designará el Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza y que se hará público en momento oportuno.

Octava. El Jurado podrá declarar desierto el premio del Certamen.

Novena. El fallo del Jurado será inapelable.

Décima. El trabajo premiado se hará público y se entregará el premio a su autor o autores, si ha lugar a ello, en la solemne Fiesta de la Hispanidad, que se celebrará en el palacio de la Lonja de Zaragoza, el día doce de octubre de 1942, festividad de Nuestra Señora del Pilar.

Undécima. La obra que resulte premiada quedará de propiedad exclusiva del excelentísimo Ayuntamiento de Zaragoza con todos los derechos inherentes a dicha propiedad.

Duodécima. El trabajo elegido por el Jurado se imprimirá por cuenta del excelentísimo Ayuntamiento de Zaragoza, y su autor recibirá gratuitamente cien ejemplares.

Zaragoza, 24 de octubre de 1941. El Presidente, P. Ramón.

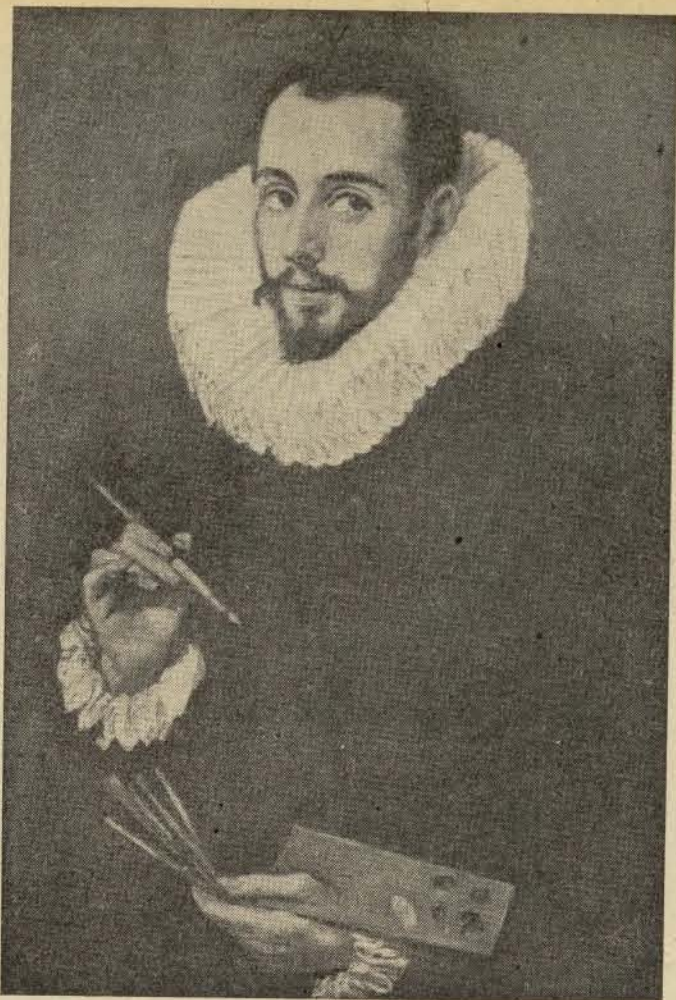
LOS LIBROS DE QUE SE HABLA

BIOGRAFÍAS:	Pesetas
Catalina de Médici (por Franchi)	20
Jaime I (por Sarmiento)	20
Catalina la Grande (por Kaus)	25
Memorias de la Infanta Eulalia	20
Vida de españoles célebres (por Quintana)	20
Figuras y leyendas mitológicas (por Genest)	15
NOVELAS:	
Lección de amor sin palabras (Tomás)	10
Las ideas olvidadas (Kroger)	25
El asilo de huérfanos (Ortel)	10
El chofer de María Luz (Pérez y Pérez)	10

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

BARCELONA

Jerónima de las Cuevas, la mujer que amaba el Greco



La tradición ve en este cuadro de la última época del Greco, a su hijo Jorge Manuel. Este rostro aparece repetido con insistencia, más o menos modificado, en muchos lienzos del genial pintor.

DE ORIENTE A OCCIDENTE

Desde su infancia en las playas de Creta—orejas de fauno y ojos redondos—, el Greco adolescente fué a Roma para extasiarse ante las bellezas de la Ciudad Eterna y conmover su emoción frente a los cuerpos dorados de Tiziano. En Italia frecuentaba las hosterías y soñaba con la gloria mientras bebía "chanti". En torno suyo el siglo XVI murmuraba versos en latín, y un enjambre de pintores recorría las calles con los pinceles en la mano, embadurnados de colores.

En su cuarto del palacio de Farnesio dibujaba el Greco con deleite; pero de pronto interrumpe su trabajo para exclamar con ira:

—¡Estoy copiando!

Después de dar un portazo se precipita por las escaleras, maldiciendo al iluminador Ciovio, que le había llevado allí.

A los treinta años, con la bolsa ligera y el corazón inquieto, una tarde de 1572 el Greco llega a España. Todo le llamaba hacia nosotros: el espejismo de las naves que regresaban de las Indias cargadas de oro, la ruda tierra—árabe a medias—con olor de azahar y anís y la escasez de pintores, que le dejaba entrever posibilidades de triunfo en su carrera.

UN CRUCE DE MIRADAS QUE SE FUNDEN PARA SIEMPRE

Y es Madrid, con sus treinta mil habitantes de entonces, la ciudad humilde, rica en sugerencias y misterios, la que abre los brazos a sus pinceles para que recojan el ensueño del país.

En una calle de la capital de España, recién hecha corte por Felipe II, el Greco ve pasar a su lado una mujer vestida de tonos azules. Cruzan sus miradas en un resbalamiento casual de atención. El pintor tiene en aquel minuto el presentimiento de que contempla vivas sus futuras obras. El Greco acaba de conocer a Jerónima de las Cuevas.

En el estudio silencioso de Madrid pintó al poco tiempo un cuadro que titulaba "Proverbio español". La mujer del lienzo retrata ya las facciones de la que ha de ser compañera e inspiradora de toda su vida. En aquellos días sus encantos le deslumbran; la belleza de aquel cuerpo alcanza carácter de aparición. Tiene, pues, la estancia del Greco en Madrid la trascendencia del encuentro de un amor que le invade de sorpresas alegres su reloj vital.

Junio de 1577. Dominico Theotocopuli entra en Toledo indiferente a la lucha encarnizada que sostienen lo musulmán y lo gótico, lo cristia-

no y lo judío. Toledo, abrumado de nubes, empujado en las rocas y abrazado por un río violeta, tiene entre sus piedras históricas el corazón vibrante del pintor cretense. Allí contempla horas enteras la ciudad mientras ensordece sus oídos el murmullo del Tajo. Toledo se convirtió en pedestal definitivo del artista, para que desde él trazase las esencias puras de un sensualismo quizá de origen veneciano.

LAS ALAS DE LOS ANGELES

Se instaló el Greco en una casa del barrio judío. Vive en la calle de la Encomienda, que fué como se llamó a la Sinagoga de Samuel Levi. En el fondo de los cuartos protegidos con celosías verdes, acumulaba cuadros nacidos de su paleta con fecundidad asombrosa. Asomándose a las ventanas de este paraje, Lafont—conservador del Museo de Pau—ha reconocido en la lejanía las colinas que componen más a menudo los fondos de los cuadros del Greco.

Sus primeros clientes fueron los monjes. Los religiosos le encomendaban obras de asuntos místicos, que él encendía en tonos anaranjados y escarlata. Conoció los conventos blanqueados de cal fresca, y los Cristos sangrantes vestidos de túnicas bordadas. Muros austeros ocultaban jardines de armoniosa quietud, donde florecían los naranjos. Frecuentemente surgían pequeñas disputas por el tamaño que daba Dominico a las alas de los ángeles. Pero al despedirlo el padre superior le bendecía, y el artista, arrodillado, observaba desde abajo aquel rostro, enjuto por los insomnios, y la mano de huesos salientes que se transparentaba contra el sol.

Empezó a ser célebre. Grandes señores posaban ante él envueltos en capas de seda. Sus rostros adustos usaban barbas y tenían nombres sonoros: Alonso de Covarrubias, el cardenal Tavera... En los momentos de descanso, el pintor llamaba:

—¡Jerónima!

Y se abrían unos cortinajes para servir de marco a la fina silueta de una mujer, que llevaba en las manos una bandeja de cobre llena de vasos y frutas. Era doña Jerónima de las Cuevas. Pequeñita, delicada como un tallo tierno, pálida como una rosa amarilla. Sus pies minúsculos se deslizaban por el enlosado con suavidad de vuelo. El artista la observaba con serena complacencia, recreándose en su pelo brillante, adornado con un jazmín, y en sus mejillas tersas y claras.

Jerónima servía vino rojo en las copas, partía las granadas con cuchillo de plata y desaparecía sin hablar.

Los señores la saludaban gravemente, y en el fondo de su aposento el Greco la amaba.

LA DAMA DEL CHAL DE ENCAJES

A la primavera del año 1528 esta mujer le daba un hijo: Jorge Manuel, que sacó de su madre el mirar dulce y asombrado, y de su padre el pliegue nervioso de la boca. El pintor adoró al niño en silencio y lo dibujó mil veces, despierto con el puño de rosa en la boca, y dormido sobre las rodillas de Jerónima.

Hay un cuadro del Greco que representa su familia, en el que está Jerónima de las Cuevas rodeada de sirvientes y con el hijo, que trastea cachivaches, junto al grupo. Ella sirve también de modelo al pintor para sus vírgenes, y recuerda, por sus facciones y por su figura envuelta en un chal blanco, a la Dama del Armiño y a la del chal de encajes.

Pasó el tiempo. La edad adelgazaba al Greco y le iba haciendo taciturno. La gloria no consiguió ponerle al abrigo de las intrigas y de la incompreensión. El rey Felipe II, que le encomendó un "Martirio de San Mauricio", quedó asustado ante esos largos guerreros cetrinos que volvían hacia los arcángeles sus caras de españoles. Aunque la Iglesia le colmaba de trabajo, hacia objeto de reprobación sus relaciones con Jerónima y no dejaba de murmurar contra el hijo de su pecado.

Rico, rodeado de discípulos devotos, el maestro seguía buscándose a sí mismo, dolorosamente.

SUPREMACIA DE LA PASION

Su salvación era Toledo. Recorría la ciudad sólo en las horas de sol. Por las callejuelas, a lo largo de los balcones enrejados que sostenían cascadas de flores, el sonido de las campanas descendía con paso de metal. El pintor acumulaba fisonomías y tonalidades que, de regreso a su casa, se precipitaba a fijar en el lienzo. To-

ledo trepado en su roca violeta; Toledo y sus inviernos blancos; Toledo y sus hombres misteriosos llenaron desde entonces sus cuadros. Trabajaba con pasión, a pesar de hallarse enfermo de los ojos. Las obras maestras se sucedían. En el Greco triunfaba lo dinámico, la supremacía de la pasión. Estaba "bebido de zumos de Dios y de crepúsculo", como ha dicho un escritor contemporáneo nuestro. "Pentecostés" envuelto en llamas, "Resurrecciones" en largos lienzos apocalípticamente poblados de largas figuras, "Sueños de Felipe II", en los que la cabeza del rey parecía cortada del cuerpo y puesta sobre la gola blanca.

Jerónima no se apartaba nunca de su lado. Conemplaba sus obras con veneración, sin entenderlas. El Greco envejecía. Su cuerpo flácido se encorvaba y su trágico rostro se doraba de luz. Seguía pintando su querida ciudad arrebatada por las tempestades y por los ángeles, mezclando violentamente lo espiritual a lo material.

VINO Y MUSICAS, COMO EN CASA DEL TIZIANO

Cuando el artista regresaba a su mansión, después de un paseo solitario por la vega, Jerónima salía a su encuentro para recibirle y se arrojaba ante él. Durante las comidas le servía de pie, corriendo del comedor a la cocina para dar órdenes a las sirvientas. Enamorada, extremó siempre sus atenciones con el genio.

En el comedor del Greco, una pequeña orquesta de guitarras eran el paréntesis lírico en esa hora de intimidad; y a veces, algunos de los músicos cantaba aires voluptuosos y tristes. El artista quería recordar en Toledo lo que había visto en casa del Tiziano en Venecia: manjares en la mesa, vino y músicas... Mas estas costumbres disgustaban a los monjes; pero el Greco no se ocupaba mucho de la opinión ajena.

Al morir Theotocopuli, a los setenta y seis años, dejó doscientos

cuadros inconclusos, que son prueba de la fecundidad de su talento. Había dado al Mundo, entre otras maravillas para su perpetua admiración, "El entierro del conde de Orgaz", que resume las características de este genio incomparable de la pintura, de quien dijo Cook que "dibujaba como Miguel Angel y coloreaba como los venecianos". En este cuadro el pintor se retrató a sí mismo, como solía hacerlo en otros lienzos. También aparece en la tela su hijo Jorge Manuel vestido de paje.

Desde una de las ventanas del estudio donde tantas prodigiosas revelaciones hizo el arte en aquella casa aún en pie que habitó el Greco en pleno barrio judío de Toledo, se ve correr el Tajo cerca del puente de Alcántara. La reliquia arquitectónica ha resistido el fuego de los cañones que prendieron brasas en la imperial ciudad durante nuestra guerra civil.

"PERSONA DE CONFIANZA Y DE BUENA CONCIENCIA"

¿Por qué no se casó el Greco con aquella mujer a quien amaba desde el primer día que se cruzó con él en Madrid? Con ella vivió hasta el fin de su vida; fué su confidente, su musa de carne y hueso el espíritu que le alentaba en los instantes de depresión y la voluntad que frenó muchas veces sus impulsos de rebeldía. Sin embargo, el artista se limita a aludirla en su testamento, llamándola sencillamente "persona de confianza y de buena conciencia", como si se tratase de una sirvienta fiel. Piensan algunos que Jerónima era de origen judío y, por no levantar suspicacias, el Greco se abstuvo de desposarla. Un misterio difícil de desvelar cubre esta figura femenina. Y si en algún momento de su historia parece que esta mujer va a verse iluminada por la verdad, el instante se pierde, y la vida íntima de Jerónima de las Cuevas vuelve a derrumbarse entre sombras.

ANGULO



En esta maravillosa sinfonía del color y la forma, "El entierro del conde de Orgaz", se hallan "retratados muy al vivo muchos insignes varones" de aquellos tiempos, según decía Pisa en 1612. El paje que sostiene el hachón parece ser Jorge Manuel Theotocopuli.

LOS GITANOS, REYES DE LA SUPERSTICION

Por Guillermo ORTIZ GARCIA

La superstición es el más ingente monumento elevado por la candidez humana.

El verdadero supersticioso, por poco que esté enterado de una docena de supersticiones, apenas puede moverse. Ni vivir. La "mala sombra", como un dragón fabuloso e invisible, le acecha por todos los sitios. Porque hay una multitud de cosas que no se pueden hacer, bajo las más terribles penas, y son incontables.

El verter sal o tinta—presagio funesto—, el canto de la lechuza—muerte infalible—, salir de casa con el pie izquierdo, hacer girar una silla sobre una sola pata, nombrar la "bicha"—disgusto grande—, etc.

Y el número 13. En Norteamérica, que deben tener mucho tiempo para ocuparse de todo esto y otras extravagancias semejantes, hay una sociedad dedicada a la contraofensiva de esta superstición: el Club de los 13. Se reúnen el día 13 de cada mes, comen de trece en trece en trece mesas, suponen que trece platos y llevan el fatídico número escrito en todos los sitios.

Un concejal neoyorquino propuso que la Treceava Avenida se llamase Avenida Doce y Media, alegando que nadie quería vivir allí, pero, inmediatamente, los amigos del trece ocuparon gran número de casas de la Treceava Avenida, decididos a ser felices y vivir alegres y sonrientes bajo el estandarte de su número favorito. Y, claro, la Avenida conservó su flamante 13.

Nosotros creemos que este Club antisupersticioso es una superstición más para juntarla a las agradables: el ponerse una prenda al revés inconscientemente—regalo—, un afilador recién casado—dentro del año, matrimonio—, ver un caballo blanco, etc.

Hay también el "gafe". El "gafe" suele ser un señor de aspecto tranquilo, buen padre de familia y hasta simpático. Pero, ¡no os acerquéis a él! Allí donde entra, desgracia segura. Lleva la mala suerte agarrada como si fuese una maleta. Naufragios, descarrilamientos, muertes, explosiones, todo lo podéis esperar de él. Y lo peor es que no hay ninguna señal más o menos sensible, para saber cuándo uno es "gafe". Ese caballero barbudo que se sienta enfrente de vosotros en el café, quizá lo sea. O la jovencita que pasa rozagante y primaveral a vuestro lado. El "gafe", como la dinamita, encierra su fuerza fatídica en sí y sólo se ven los aterradoros efectos.

Afortunadamente, hay talismanes contra todas estas supersticiones. El tocar hierro, por ejemplo. Nos imaginamos a los caballeros de la Edad Media siempre embutidos en su armadura de hierro, como hombres de una suerte a prueba de bomba. Claro que, si un enemigo atravesaba con la lanza su armadura, ¡vaya agujero en el talismán!... y en la piel.

Pero, todas las supersticiones de la gente civilizada, ni en calidad ni en número, no valen, ni con mucho, a las de los gitanos. Los "faraones" son reyes de la superstición.

Una de las más curiosas es la referente a las semillas de estramonio. El estramonio es una planta mortífera. Si se echan las hojas en el fuego, el vapor que se desprende causa desmayos acompañados de visiones y calambres. Con un ungüento especial hecho con la semilla de estramonio se frotan los gitanos las axilas, produciéndose una sensación de una voluptuosidad extraña, como si se remontaran a los aires para volar.

Cuentan ellos que habiendo impuesto un hombre blanco a su mujer la condición de no hacer nada contra su voluntad, no pudo ella resistir a la tentación de infringir el mandato, por lo cual fué convertida en una planta, el estramonio. Los hijos de esta Eva gitana, que fueron

maldecidos por su padre, se dispersaron por todo el Mundo y llevaron, como recuerdo materno, la simiente de la planta, por lo que no hay ningún gitano que no lleve encima esta semilla que llaman ellos "pesosero". Y hasta tal punto tienen confianza en esta planta, que cuando cometen algún delito, dejan unos granos de estramonio en el lugar del suceso, creyendo que tiene la virtud mágica de encubrirles, desorientando la acción de la justicia. ¡Hum! No nos parece nada práctica esta superstición, porque la justicia, que conoce la costumbre, ya sabe que el delito ha sido cometido por un "calé", y, claro, reducido de esta forma el campo de las pesquisas, no tarda en cazar al ingenuo supersticioso.

El estramonio les sirve también para predecir el porvenir, valiéndose del tambor mágico. Este es una caja cubierta con un solo parche, como la pandereta. La piel de la caja ha de ser necesariamente de un animal robado en una fecha determinada, y en el tambor pintan varias rayas.

Se sirven de este tambor echando sobre la piel tantos granos de semilla de estramonio como rayas haya; luego golpean la caja con un palito. Al saltar las semillas, se forman agrupaciones que tienen un significado cabalístico.

Usase el tambor mágico especialmente en los asuntos de amor; pero también sirve de oráculo, o para descubrir el autor de un latrocinio. Esto último si que es difícil en una raza tan acostumbrada al robo—en Alemania hay un proverbio que dice: "Cierra puertas y ventanas cuando lleguen los gitanos"—, y quizá, en más de un caso, el tambor tenga que señalar a toda la tribu.

Otra planta mágica es la mandrágora que en la Edad Media la consideraban de virtud prodigiosa, capaz de otorgar al que la posee riqueza, felicidad y amor. O sea el completo.

Hoy, tiempos más positivistas, los gitanos la usan para forzar las puertas, pues dicen que untando la cerradura con ella se abre después con facilidad... introduciendo una ganzúa.

En Austria, los gitanos cazadores furtivos tienen una raíz de la misma forma de una mano y que llaman "ramita de San Juan", que comunican a las balas la propiedad de herir infaliblemente al animal contra quien se dirigen, siempre que la fundición del proyectil haya tenido lugar en luna llena. Y el cazador tenga puntería, añadimos nosotros.

Para la adivinación, los gitanos de la Transilvania tienen un método propio, que no nos atrevemos a recomendar, a pesar que lo encontramos muy entretenido. Se sacan tres gotas de sangre del dedo medio de la mano izquierda, y las ponen en la uña del mismo dedo. Luego, un niño tiene que examinar las formas que toma la sangre al correr, y su dicho sirve de base para la respuesta.

Son muy curiosos también los juramentos de los gitanos. Se puede faltar a un juramento con toda tranquilidad, o jurar en falso, siempre que, al mismo tiempo, se tenga el dedo pulgar cerrado, o poniendo la mano izquierda en la cadera, o—este es el más bonito—escupiendo antes y después del juramento, siempre que se tengan siete pequeños guijarros en la boca y una moneda de oro debajo de la lengua. Esto sí lo recomendamos, especialmente la última parte, si la moneda es de oro. Y mejor, un guijarro y siete monedas.

Y para terminar con un círculo mágico como el del anillo de Salomón, repetiremos nuestra frase del principio:

La superstición es el más ingente monumento elevado por la candidez humana.

Y por la estupidez también, caramba.

EL LIBRO, LA MUJER Y LA CASA

Mari-Loli, juvenil, impetuosa, mil veces simpática, irrumpe en la habitación de Dora Isabel como un huracán de jovialidad, turbando la serena actitud de su amiga.

Los ojos de la visitante, cuajados de sol exterior, ciegan en la suave penumbra del cuarto, incapaces de localizar la figura que buscan.

La voz de Dora Isabel orienta a Mari-Loli:

—Hola, diablillo. ¿Dónde marcha el huracán?

—A sacarte de este antro. No hay derecho a encerrarte cuando estamos en primavera y luce un sol espléndido.

Sonríe Dora Isabel, y se defiende:

—Me encontraba tan bien aquí, que ni me preocupé observar el tiempo.

—¿Pero qué hacías?

Dora Isabel antes de contestar señala la pequeña mesita que hay al lado del butacón que ella ocupa, en la que hay una caja de cigarrillos, de madera de ébano; un cenicero, un encendedor, y entre un montón de libros, uno abierto. Y luego dice:

—Ya ves: leer.

—¿Con este día?

—¿Qué tiene este día para impedirlo?

—Que invita a vivir, a gozar de la vida, a soñar.

—Y los libros, ¿no invitan también a todo eso?

Mari-Loli se muerde un momento los labios. Luego, pueril y picara, pasea la roja lengüecilla por el filo de los dientes. Para conceder después con tonos evasivos:

—Sí; pero de otra manera distinta. En teoría, ¡vaya!

—Pues en la práctica, entre la mañana primaveral y este mi rincón, he optado por lo último, como puedes comprobar.

Suspira, con cómica congoja, Mari-Loli.

—Sí, Dora Isabel. Te concedo que debes tener razón, muchísima razón. Incluso te confieso que en esos momentos en que te envidio he comprado volúmenes por docenas, tantos, que si estos complejos imitativos—no dirás que no habla en culto—se repiten, me ahogaré en mi habitación, entre un mar de libros.

Ríe la amiga de la gentil muchacha. Y luego inquiere:

—¿Ya que has planteado ese tema, ¿quieres decirme qué es para ti un libro?

Bromea Mari-Loli, eludiendo categórica respuesta:

—Según la Ley de Imprenta, libro es todo volumen de más de 200 páginas.

—No pregunto al futuro abogado, sino a la femenina Mari-Loli.

Tercia, castiza ahora, ésta:

—Bueno, pues libro es una cosa muy seria y que viste mucho bajo el brazo.

Sonríe Dora Isabel:

—Que viste mucho. En efecto. Ya ves: tú misma lo dices. Una mujer con un libro bajo el brazo, si por estúpida ostentación ésta no degenera en cursi, se autofirma un certificado de mujer superior, culta, estética, intelectual si quieres. Aunque el ejemplar sea un modesto y sabroso volumen de cocina.

Hace un silencio Dora Isabel. Para luego continuar con cálidas tonalidades:

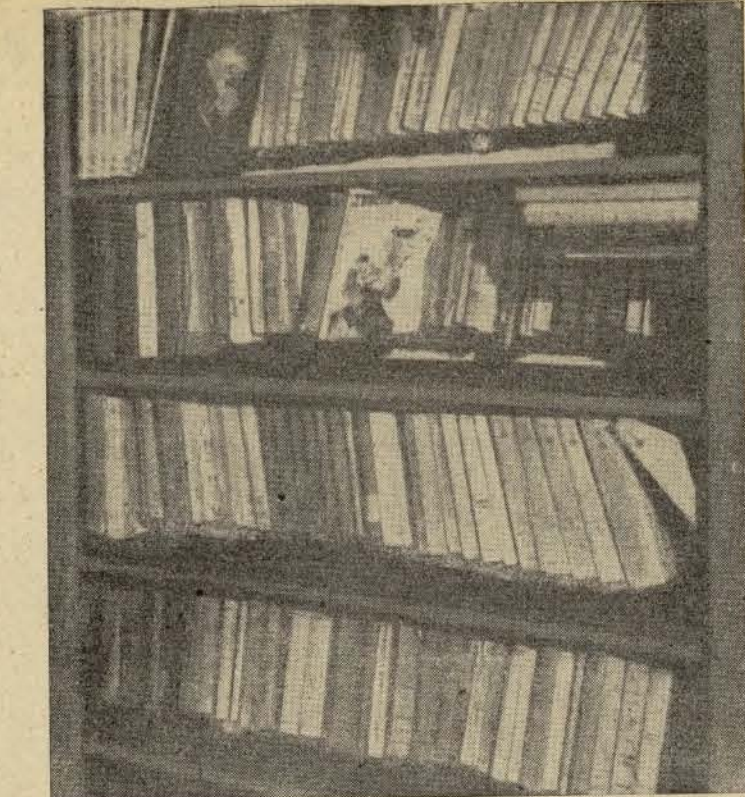
—Pues lo mismo que una mujer, una casa. Si al penetrar en una habitación te encuentras con que tiene libros, inmediatamente la juzgarás en plano superior al que lo harías si se encontrara huérfana de ellos.

—¡Oh! Entonces, cuando visites ahora mi habitación me considerarás una semidiosa, o por lo menos una Minerva de vía estrecha.

—O una muñeca alocada. Depende del análisis de tu biblioteca.

—¿Análisis? ¿Sintáctico?

—Ciertamente. Vale la expresión grama-



tical. Porque no te analizaría, tal vez, libro por libro—análisis morfológico entonces, y sirva también la imagen—, sino la visión total de conjunto, de todos los volúmenes.

—Y de ello, ¿qué deducirías?

—Sabrosas consecuencias. Por ejemplo, un retrato fiel de tu psicología: podría decirte tus gustos, tus aficiones, tu personalidad: tus simpatías y repugnancias; tu ética y estética; tu interpretación de la vida.

—¿Y nada más?

La jovial exclamación asombrada de Mari-Loli hace continuar a Dora Isabel:

—Más, si quieres: las características de tu mentalidad, la capacidad de tu trabajo, la perfección de tu campo visual, la sensibilidad táctil, el humor; en definitiva, muchas facetas, tal vez incluso desconocidas para ti, de tu alma.

—¿A ver, a ver! ¿Quieres explicarme este lío?

—¿Por qué no? Atiende: el modo de colocar un volumen en la biblioteca depende, generalmente, del gusto individual y de la capacidad organizadora del ordenador. Hay, por ejemplo, quien clasifica los libros por los formatos, por los colores, por los contrastes, por las encuadernaciones, por materias, por orden alfabético de autores o títulos. Y hay quien no los clasifica. Y ya en todo esto tienes una poderosa fuente de información de la psicología del poseedor de la biblioteca: si ordena los libros por tonalidades, tamaños, sentirá con preferencia preocupaciones estéticas. Llegando en ocasiones a presentarse como esclavo de la forma, de lo accidental, despectivo de fondos. Por el contrario, el hombre que distribuye una biblioteca por índice de materias será un espíritu más práctico y recto, con facultades clasificatorias y enemigo de perder el tiempo.

—¡Oh! Es maravilloso, Dora Isabel. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que los libros delatan nuestra idiosincrasia.

Dora Isabel ríe el término severo. Y luego, complacida por el interés de su compañera, continúa:

—Y hasta qué punto, Mari-Loli! En toda biblioteca hay la confesión de una personalidad. Suponte una biblioteca, que examinada con detenimiento te da el siguiente resultado: libros, todos científicos; con preferencia, matemáticos. Encuadernación de los volúmenes, descuidada: lomos descascarillados y conteras mordidas. Ordenación de los textos, caótica. Todas las páginas de los libros con anotaciones diminutas, y muchos ejemplares con polvo de clarión. Y entre los libros alguna arrugada y sucia corbata, y algún desplanchado cuello de camisa. ¿A quién supondrías dueño de tal biblioteca?

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

—Indiscutible.

mente, a un sabio y raro profesor de Cálculo.

Ríe Dora Isabel.

—Exacto pequeña. Y ahora, imagínate una habitación alegre y espaciosa, pero ahogada de libros. Hay ejemplares en todos los sitios: sobre los butacones, sobre el tocador, sobre la mesilla; encima de la cama, debajo del armario en la ventana; en fin, en todas partes donde cabe y aún no cabe un libro. Luego si analizas los volúmenes verás muchas novelas rosas, en su mayoría insulsas y vacuas; algún libro de poesías, no, claro está, de Bécquer o Heine, sino de los nuevos pseudo poetas de vanguardia, que llaman a la luna caramelo de naranja. También hallarás bastantes biografías artísticas, sobre todo de galanes cinematográficos. Y en un rincón, "olvidados y cubiertos de polvo", como el arpa bequeriana abstractos, enormes, repelentes textos de jurisprudencia. ¿A quién imaginarías dueño de este caos bibliófilo?

—¡Oh, no necesito forzar mucho la imaginación! Has retratado mi propio cubil. De lo que me alegro infinito, puesto que me vas a deducir de todo esto mi personalidad.

—¿Aunque el juicio te hiera?

—Venga. Tengo el corazón blindado.

—Pues comienzo la ofensiva. Tu biblioteca es tu carácter: alegre, impetuoso, intrascendente y "veleta". El caos de materias delata que aún no has determinado de una manera rotunda tus aficiones. Sin embargo, tienes esa inquietud: lo denuncia que has buscado extensos campos estéticos. Eres impresionable; de ahí que leas novelas rosas, porque las muchachas de tu edad las leen, y no gustas la suprema emoción de los poetas románticos, porque en este siglo actual y avanzado, se considera ello como una muestra de enfermiza sensibilidad. Y de ahí que adquieras libros, que luego no concluyes de leer—prueba definitiva de tu juventud—y has oído elogiar, sin pensar un momento si ellos compaginan o no con tus afinidades selectivas.

—Y en cuanto a distribución y ordenación de mi biblioteca, ¿qué puedes decir?

—Que refleja perfectamente tu forma de ser. Mira, un guante tuyo con el bolsillo, encima de aquella silla; el sombrero, sobre la cama, y el otro guante aquí, sobre el tabaco.

Ríe Mari-Loli. Su maravillosa risa cobra eco en Dora Isabel. Todavía pregunta la primera muchacha:

—Y los libros ¿deben estar sólo en las bibliotecas?

—En modo alguno. Los elementos decorativos no triunfan únicamente en una habitación. Sería absurdo. Y no hay que olvidar que el libro es, ante todo, eso: un maravilloso elemento decorativo.

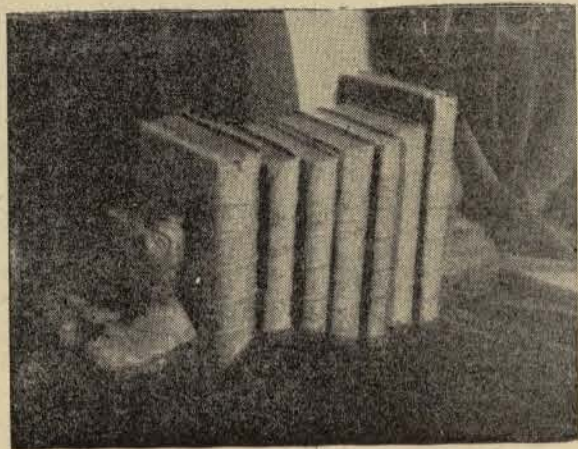
Ahora Mari-Loli se ha quedado seria. Después, atraída por sutiles pensamientos dice a su amiga:

—Luego entonces, ¿considerarías tú lo más prudente a la hora de la selección del novio investigar la biblioteca?

—Indiscutible. Mari-Loli.

—¿Y si no la tiene?

—Entonces lo mejor es no tener novio.—ALGAR.



Ana Mariscal, primavera de gracia artística y otoño de madurez intelectual

Niña, quiso ser maestra de escuela; adolescente, estudió Ciencias Exactas, y joven, ha triunfado en el cine

Está terminando de escribir una obra sobre sus impresiones de la pantalla, titulada "Afán"

Es grato y confortante pensar que la pantalla española se va nutriendo día a día de figuras que saben dar armónica conjunción a lo bello y a lo inteligente. Frente al arte que emana de la personalidad, una aureola

mo aquel que dice, ayer. ¿Queréis saber la fecha fija, aficionados? Apuntarla, que es probable sea de las más recientes que obren en vuestros archivos: 31 de julio de 1923. Tiene una niñez sin vocación ar-

medida", y prefiere la dificultad para vencerla con el esfuerzo profesional. (Los datos de su semblanza ya han quedado servidos. Han salido los primeros, como ellos querían. Y ahora supongo que, educaditos y tal, me dejarán hacer la entrevista. ¿Verdad que sí simpáticos?...)

Estoy en su casa. Cuidadosamente, Ana prepara su maleta. Mañana mis mío sale para Barcelona. Junto a ella, su hermano Luis le ayuda en la tarea de preparación viajera. La ocasión es indiscreta, pero si uno se muestra discreto—¡alguna vez tenía que serlo, queridos lectores!—, todo queda neutralizado. Para mí la indiscreción es un veneno profesional, pero la galantería oficial de antídoto en este caso. Inquiero.

—¿Y ese manuscrito que tiene usted ahí, Ana? ¿Es feo preguntarle qué es?

—Nada de feo. A ustedes todo se les puede perdonar hasta la modestia de considerar feo un cometido profesional... más o menos audaz.

—Muchas gracias, y perdón.

—Se trata de un libro que me ha encargado una editorial sobre mis impresiones, experiencias, observaciones y anécdotas alrededor de mi actuación cinematográfica. Se titula *Afán*. Quiero terminarlo en Barcelona.

—¿Qué objeto le lleva a esa ciudad?

—Trabajar en la película *Hoy como ayer*; dirigirá Carlos Arévalo. De protagonista masculino va Enrique Guitart.

—¿Piensa actuar teatralmente en Barcelona?

—Sí. Haré la *Dulcinea*.

—Pensó alguna vez en una posibilidad cinematográfica en esta gran obra, por usted tan maravillosamente protagonizada?

—Ella colmaría mi mayor ilusión en el cine.

—¿Muchos proyectos?

—Alguno, alguno. En julio comenzaré el rodaje de *Amor de vacaciones*, cuyo guión ha sido escrito por Sofía Morales y Mercedes Formica.

—¿Quién dirigirá?

Al hacer esta pregunta Ana mira cariñosamente a su hermano, como pidiéndole permiso para manifestarme la grata noticia.

—Luisito, El siempre tuvo, desde muy pequeño, una gran ilusión en realizar películas. Ahora lo conseguirá.

La entrevista fallece víctima de una conversación amistosa. Ante los negros cabellos de Ana Mariscal y bajo el hechizo de sus hermosos ojos cetinescos, mi pensamiento vuela raudamente en el recuerdo de una frase napoleónica. En la cartera de colegiala aplicada, Ana encontró sus entorchados de primera estrella. Es Mariscal del lienzo de plata esta guapa Mariscal.

JOSÉ ALTABELLA



Más fuerte que el irisado reflejo de las perlas que luce en su garganta Ana Mariscal, está el destello vibrante de su luminosa mirada. Quien por vez primera y de tan magistral modo rompió fuego en el cine con "El último huár", es lógico le esperen los más señalados triunfos.

estudiosa de refinamiento culto. Tal el caso—¡gran caso, es verdad!—de esta chiquillona, deliciosa, del cine nacional, que en el breve soplo de unos meses ha forjado, con sorpresa de extraños y confirmación de conocidos, un puesto indiscutible en el Séptimo Arte. Su nombre ya nos es familiar: Ana Mariscal. Y todo, con sólo diez y ocho años... El cronista siente que, en el repertorio gastado de las metáforas al uso, no exista una estación del año anterior a la primavera, pues ella cumpliría el homenaje más justo para cantar con ardiente sinceridad el manejo precoz de sus diez y ocho pre-primaveras, valga el neologismo.

Y su ficha biográfica, saltarina y feliz, baila una zarabanda de datos en mi premiosa necesidad de reportero. Como los recuerdos, salen; poéticamente, rebeldes al orden: iconoclastas de sistematización... (Parece—¡serán revoltosos!—que quieren echar la zancadilla a la interviu. Ea, a pasar...)

Y aquí están. Helos: Ana María Arroyo Mariscal, éste es su verdadero nombre, cuyo apellido paterno ha corrido en fraternal acto de primogenitura, a su hermano mayor, que ha llevado el brillante uso: ¿Quién ignora la personalidad de Luis Arroyo, ese actor cobrizo, de simpático perfil gitano, protagonista de *La danza del fuego*?

Ana Mariscal nace en Madrid, co-

tística. A los nueve años es una aplicada estudiante de Instituto, que quiere, "cuando sea mayor"—¡cuánto se repite a los nueve años esta frase, alucinante y ambiciosa, ingenua y esperanzada!—, estudiar Magisterio. Y llega la adolescencia. Huye en retirada el espectro de Pestalozzi. Y en 1930 surge en ella, a la par que una enorme afición a las matemáticas, una inquietud de arte. Un dilema, y tras él, una duda. Y sobre él, una resolución. Decide estudiar Ciencias Exactas. Pero... el teatro le atrae hacia sí. Actúa con éxito en el Club Anfiteatro y en Teatro Nacional, siempre en arte clásico. Debuta con *Al natural*, de Benavente, y culmina, soberbia, en *Dulcinea*, de Baty. En el cine lanza sus primeros destellos en el segundo papel femenino de *El último huár*, creando una Adelaida sin par. Después, el papel de Elena Cortés, la actriz de *La florista de la reina*, consolida su triunfo anterior. Su consagración llega con *Raza*, haciendo el personaje de Mari-Sol. Y por último, en *¿Qué contenta estoy!*, todavía no presentada al público, mantiene pujante toda su altura estelar, en su interpretación de María del Pilar.

Ana Mariscal es muy estudiosa y amiga de la lectura. Gusta de la radio y de la vida del campo. Siente predilección por el tenis y la natación. Admira a Greta y a Imperio Argentina. Como es artista, esquivará los papeles que puedan hacerle "a la

¿Qué quiere usted saber de cine?

Tenemos el gusto de comunicar a nuestros lectores que a partir de este número queda abierto un consultorio cinematográfico, al que podrán dirigirse en demanda de datos, noticias, informaciones, juicios, etcétera, relacionados con el Séptimo Arte, todos cuantos aficionados así lo deseen.

Para facilitar nuestra tarea, rogamos encarecidamente se nos envíen las cartas en letra legible. Texto breve y concreto. Se advierte que cada cupón inserto en TAJO dará derecho

sólo y exclusivamente a una consulta.

Conste, para satisfacción de todos, que contestaremos por un orden sistemático de recepción. Diríjanse a: Página de Cine de TAJO, Alcalá, 128. Madrid.

TAJO
Alcalá, 128. Madrid
CUPON
para consultorio cinematográfico

CINE al DIA

¿Sabía usted que...

... José Buchs prepara una película sobre el torero Paquiro?

... va a comenzar en breve un documental viajero sobre el Mogreb, adaptación cinematográfica de la conocida obra *Estantas marruecas*, del joven africanista Eliseo Bermudo-Soriano, con fondo musical del celebrado compositor aragonés Luis Araque?

... hay gran expectación por conocer la película realizada por Adolfo Aznar titulada *Todo por ellas*, con argumento de Santiago Aguilar, y de la que son protagonistas el fornido galán Luis Arnedillo y la notable bailarina Emilia Ardany?

... el fecundo y múltiple periodista Juan de Alcaraz ha adaptado al cine dos buenas obras del fallecido novelista andaluz José Mas, tituladas *El rastreador*, sobre un panorama de la Castilla acre, y *La costa de la muerte*, visión de los pescadores gallegos? También es de él el guión cinematográfico original *El cigarrillo prodigioso*, poema y canto de un sueño mágico del novel, que creyó conquistada la gloria con la galánura y vigor de

su pluma de escritor ambicioso de triunfos.

... Valeriano León, el gran cómico y creador del celebradísimo *Don Florentino*, protagonizará el film *Se ha perdido un cadáver*, escrito expresamente por José Luis Sáenz de Heredia, que también lo dirigirá?

... Lolita Pérez-Camarero, estudiante de Derecho y cinemista en embrión, hija del prestigioso director del mismo apellido, tiene un conflicto terrible? Después de haber escrito una película titulada *Opereta en Castilla* no encuentra una protagonista adecuada, que ha de responder a una joven que además de guapa cante muy bien.

... José Sanz y Díaz, escritor prolífico y antologista pródigo, siente la añoranza del cine? Anteayer realizó, en unión de Antonio Prast, una serie de documentales patrióticos sobre *España artística y documental*. En el ayer de la Cruzada fué vocal militar de la Junta Superior de Censura Cinematográfica. Y en el hoy de la paz está dando fin a una leyenda hispanofrancesa de los tiempos de la Vendée y Napoleón, de gran valor cinematográfico.



Arte, gracia belleza... derrocha la gentilísima "estrella" de la pantalla María Cebotari, en la nueva producción Cifesa "El sueño de Butterfly", en la que logra una magnífica interpretación. He aquí una curiosa escena de dicho film, que será estrenado en el Cinema Bilbao.

CINEMA BILBAO
desde el lunes, día 20
EL SUEÑO DE BUTTERFLY
La magna creación de María Cebotari y Fosco Giachetti
CIFESA

TAJO Y LOS NOVELES

Tres monólogos para un cuento

Y terminó el notario:
—Por eso que no debe a usted extrañarle hasta ese extremo la resolución de su señora tía. En primer lugar, porque una herencia es algo que nos dan; en pocos casos debemos considerarnos con derecho a ella. Y si nos imponen alguna condición que no nos conviene, pues con no aceptarla nada perdemos. En otro aspecto, por un respeto que debemos a la voluntad de los muertos; ellos no pueden defender ni justificar ya sus decisiones. No tienen por qué acertar mejor que los que seguimos viviendo. O quizá sí. Vaya usted a saber cómo puede agudizarse la sensibilidad cuando va a desaparecer. Pero antes que nada está la medula de nuestras costumbres y una serie de juicios previos que es el armazón de esta sociedad, relativamente bien organizada. Y uno de esos juicios previos o prejuicios es el respeto a la voluntad de los muertos.

Mi deber de notario no termina con darle a conocer el testamento de esta señora. Sino con un obligado consejo que va a oír, advirtiéndole que no me afecta, que es para mí esto un sencillo acto profesional.

La condición de su matrimonio para hacerse cargo de la herencia le parece a usted una mediatización de valores morales por los materiales. Esa quizá esté en usted en lugar de en la difunta. Aparte de que ella demuestra amar tanto la unidad de sus bienes como su cantidad, va un poco más lejos. Quiere, seguramente, una justificación de la herencia por parte de ustedes. No se trata de que se casen para heredar, sin tener otras razones en cuenta, sino que si se casan por lo que todo el mundo debe casarse, pues ella les hace como regalo de bodas esos dos millones.

Estos tres meses de plazo deben aprovecharlos pasándolos lo más relacionados posible. Hay muchos matices en el amor y muchas maneras de enamorarse, y muchos matrimonios que sin haberse hecho por amor no son los de peores resultados. En último término, son ustedes personas que saben respetarse y comprenderse, y mis últimas palabras son para advertirles que no en todas las épocas de la vida vemos las cosas lo mismo.

Y dos meses después se despedía Antonio de su prima.

—No he tenido constancia para insistir tres meses como estaba decidido cuando llegué. Vine, sencillamente, a convencerme de que debíamos casarnos para heredar, aunque no estuviésemos enamorados ni nos conociésemos apenas. Ello nos permitiría dedicarnos plenamente, tú a tus gustos y yo a mi arte. El poder pintar libre de preocupaciones económicas significaría el camino abierto y aire libre para las alas de mi alma. Ni

tú ni yo hemos amado aún y podíamos renunciar al amor a cambio de tantas otras cosas. Después de todo, la vida está hecha de renunciaciones para obtener lo más deseado.

No podía conceptuarse nuestro matrimonio simplemente por el interés, ya que no se trataba de obtenerlo el uno del otro. Más bien sería un acatamiento a la voluntad de la tía por el que, es verdad, materialmente éramos bien recompensados.

Hice lo posible para convencerle. Discutiendo contigo quizá hubiéramos llegado a algo, pero esa indiferencia, esa sonrisa burlona con he topado siempre, me ha deshecho. Parece imposible que te sean tan indiferentes esos dos millones por mucho que me odiasen, y más siendo el caso de que tampoco me quieres mal. Nada más que indiferencia por todas partes. Esa sonrisa tuya me desarma y me vence.

Me rindo cuando aún me quedaban treinta días, pero es que ya no pue-

do más. No tengo fuerzas; algo parece que se ha desprendido dentro de mí. Una sensación extraña imposible de explicarte. Adiós, Luisa. Me voy con una angustia como si hubiera perdido algo que valiera mucho más que los dos millones de pesetas.

Un año después.
—Sí; he venido a verte. Después de hacerte perder los dos millones por no hacerte caso. Después de tantos días pasados. He venido, no a verte, sino a hablarte, porque ya no puedo sujetarme más. Sé lo que ha sido tu vida y tu arte de un año acá, por lo que se dibujaba una sospecha, una duda, en mi frente. Ahora, en cuanto te he visto mirarme, la sospecha se hizo luz y no dudo, porque no puedo dudar. Pero... ¡calla! ¡Escucha! Tengo que hablar, tengo que decirte lo que yo antes. ¡Me da mucha vergüenza, pero si no te lo digo me ahogo!... Ha sido una cadena de horas durísimas e interminables. He sufrido mucho, mucho. Me pinchaban las estrellas en las noches de vigilia y me ahogaba el perfume de las flores cuando dejé de verte...

Luis TORIO

Estampas burgalesas

INVIERNO

El pueblo parece muerto, de cartón, como los pueblos de los Nacimientos navideños.

Como una losa de plomo, la escarcha azulina oprime los tejados.

En el aire frío de la mañana de-cembrina el perfil de las casas se recorta con aristas agresivas.

El humo blanco y caliente se estre-mece y tiritita al contacto de la atmós-fera helada.

Cubre las eras un manto virginal. Han celebrado en la noche silente sus desposorios con el rocío, que intenta, celoso, hurtarlas a la caricia embria-gadora del sol.

Lentamente se entreabren las puer-tas, cuyos goznes chirrían con que-jido resignado. Mujeres afanosas se dirigen con sus cántaros panzudos a la fuente, cuyo chorro de cristal se casca ruidoso y expande sus esquirlas.

Hay lucha en las ventanas de las cuerdas entre el vaho caliente y el hielo ambiental.

Algún perro famélico ladra lasti-mero al sentir en los párpados el res-que-mor del hielo.

Vibra amistosa la lengua sonora de una campana. Con paso menudo se dirigen las viejas, tocadas con man-tillas de falso terciopelo, a la ige-lia grande e inhóspita.

Por fin asoma el sol perezoso por sobre un celaje gris. Asoma su cara

pálida, adormilada, como entumecida. Y apenas vierte sobre el pueblo ni luz, ni calor, ni vida...

VERANO

Despierta el pueblo sin bullicio. Casi no durmió. Hasta las altas ho-ras de la noche veraniega trajinó en las eras y "avió" en la cuerdas el ganado.

Y comienza la faena antes de que la aurora suave y rosada de Castilla extienda sobre las mieses y rastro-

jales la caricia de sus rayos de oro.

Poco a poco, el aire diáfano, bur-galés, se fué poblando de luz, de chi-rriar de carros, de gritos guturales infantiles.

Y al asomar el sol redondo, inagrésivo, por encima de los páramos dor-midos, sobredoró la mies en lo alto de las carretas perezosas.

¡La mies! Rubicunda, un tanto hu-medecida, flagelando a la yunta que la aparta del seno en fiebre de la ma-dre tierra en el vaivén que la an-gostura de los caminos impone. So-bre ella, sorbiendo con avidez los res-plandores del sol naciente, el chico que cargara el carro y la moza que "arrastrara" las espigas desertoras de los haces.

De las chimeneas se escapa un hu-mo azulino que se mece un momento con-fiado en la calma naciente que, traidora, lo absorbe.

También hoy apretará el calor.

Con mirada displicente, el labriego de-Castilla, nervudo y enjuto a la par, se encara con el sol que empieza a lucir y que amenaza llamear sus dardos al rojo vivo durante larga jornada. Lo mira sin rencor. Es más, con agradecimiento. Así la mies, al sentir sobre sus lomos indómitos la agresión inapelable de los trillos, cascará mejor, con un ruido fonje, como de seda que cruje.

"¿De dónde se viene?" Se elude casi siempre la respuesta: "Terminé ya de acarrear la vega", pero aquí arriba me queda aún para días." De sus desgracias, el campesino es casi siempre más comunicativo: "La tie-rra del vallejo, pareja de la de Vi-centón, se quedó rala y encima no granó. Sólo me pasa a mí." ¿Afán de achicarse? ¿Esquivez de viejo usurero? Misterio impenetrable del alma castellana, noble y abierta co-mo sus largos horizontes, cuyo eni-gma, empero, nadie acertará a sor-prender.

SABINO NEBREDÁ

La loca de la casa

¿Cuántos millones de kilómetros por segundo recorre la imaginación? He aquí una pregunta que no hallará nunca respuesta. Basta leer una novela de aventuras, y si en ella el autor habla del desierto y de los camellos, nuestra imaginación sale dis-parada sobre los camellos y sobre el desierto.

Otras veces no es necesaria la lec-tura para que viaje con la misma rapidez. Así, cuando en el cuarto de mi amigo Pérez entra su mujer con sus siete hijos para anunciarle que la hora de la oficina llega, la ima-ginación de éste se flecha al desierto, mientras sólo le da tiempo a boste-zar dos veces, y en seguida su ima-ginación desaparece para volver a la triste realidad, y piensa en sus za-patos, en el calzado y en la taza humeante de café que tomará an-tes de entrar, como todos los días, por la triste e inmóvil puerta de su oficina.

En su desenfadado vuelo no se detiene la imaginación ante ningún obstáculo. Así atraviesa los anchos mares, recorre los continentes, des-ciende a las profundidades de la tie-rra o se eleva a los espacios infinitos del cielo, recorre los espacios in-terplanetarios, la luna, las estrellas, resbala sobre las blancas llanuras de las regiones nevadas o camina sobre las cálidas arenas de los desiertos, atraviesa espesos bosques y escucha el trinar delicioso de las aves exó-ticas.

Cuando, por ejemplo, vamos, tarde a algún sitio, mientras el traqueteo inaguantable del tranvía trata de desesperarnos aún más, la imagina-ción se traslada, escurriéndose entre todos hacia el sitio donde está la persona que nos espera, como para darle ánimos, y vuelve de esta forma una y mil veces.

La desbocada imaginación del mú-

sico se eleva a regiones del infinito y roba sonidos encantados, que des-pués él traduce con verdadera magia en melodiosas notas y armonías.

La del pintor retrocede unos años y capta las batallas, que luego re-produce en el lienzo, o avanza y trae los cuadros cubistas del futuro.

La del usurero adelanta unos años y ve sus sacos llenos de billetes; lue-go se introduce en el interior de su cerradura para cerciorarse de su se-guridad.

BUZON DE NOVELES

Vicente Gavilán, Villa-nueva de la Serena.—El tema que trata ha sido comentado con frecuencia en la Prensa diaria. En-víenos alguna otra cosa nueva.

Alberto Vidal Grau.—Vigile su redacción; hace uso de neologismos. No carece de sentimiento, pero está descuidado el es-tilo. Incurrir en el mismo defecto que ya le señalá-mos en otra ocasión. De todas formas, trataremos de publicar su último tra-bajo.

Juan Losada, Madrid.—Debe usted cuidar su es-tilo. Evite el tratar di-ferentes aspectos de un mismo tema en varios ar-tículos. Recuerde que los trabajos no han de tener sino una extensión pru-dencial.

Luis Mayo, Talavera de la Reina.—Es bonito y ameno. Se publicará.

B. y A. Quintana, Palma de Mallorca.—El cuento, por su fondo morbo-so, no encaja en

este periódico. Por lo demás, bien escrito.

Alfonso Suárez, Palma de Mallorca.—Su artí-culo peca de inoportuno. Está bien hecho.

Carmina Fernández, Alcalá de Henares.—Hay en usted sentido humano en los temas; pero descuida mucho la forma.

María L. Coral, Ma-drid.—Tiene usted ins-piración, pero olvida las exigencias de la técnica literaria. Estudie y siga escribiendo.

Maximino Bueno.—Sus versos son inspira-dos, pero algo flojos. Cuidé usted la forma.

Enrique C. Navarra.—Su cuento excede en mu-cho un margen pruden-cial de extensión. Mande otra cosa más breve.

Luis de Lera, Santan-der.—Su artículo, por lo demás bien escrito, ado-lece de falta de interés. Escriba sobre algo más tangible.

Hassan B. Mohamed Fennasi, Tetuán.—Su trabajo es interesante y ameno, pero excesiva-mente largo.

Drímpe, Madrid.—El no haber hecho estudios literarios no es un mé-rito precisamente. Sus poesías adolecen de esa falta.

José M. Torre, San-tander.—Técnica algo de-ficiente. Trate de corre-gir ese defecto.

Susana Gálvez, Ma-drid.—Una prosa limpia y cuidada, pero la trama es ligera e inconsistente. Haga otra cosa. Usted tiene condiciones y pre-paración.

Zetta, Mieres.—No se impacienta. Hay que guardar un turno rigu-roso y esto hace que a veces algunos artículos pierdan actualidad. Nues-tra no es la culpa.

Pedro de Moraleja.—Su romance, muy senti-do, acusa algunas im-perfecciones.

TAJO

invita a los noveles a cola-borar en sus columnas.

Nuestro semanario, con el fin de estimular la afición y el culto a las letras, ad-mitirá la colaboración en-viada por sus lectores, y publicará todos aquellos ar-tículos de valor literario, histórico, político o cientí-fico que lleguen a su Re-dacción, previa una rigu-rosa selección.

La correspondencia deberá ser remitida a nuestra Redacción, Alcalá, 128, prin-cipal, Madrid, indicando en el sobre "colaboración de noveles".

No se devolverán origina-les ni se sostendrá corres-pondencia sobre los mis-mos.

Los artículos publicados serán abonados por nues-tra Administración, al tipo habitual de pago a nuestros demás colaboradores.

La de una lavandera se traslada al sol, del sol al agua y del agua a la cuerda.

La del mozo, al cerebro del via-jero para ver lo que piensa, después a la maleta para ver lo que lleva, y por último al bolsillo, para ver lo que tiene.

La del enfermo incurable se escur-re detrás del enfermero por las blan-cas escaleras de mármol que subió hace años y recorre las calles sole-das y la verja triste del sanatorio.

También la del soldado ante la ba-talla, cuando todo lo cree perdido, se lanza a su hogar, donde la ma-dre—una viejecilla de cabellos blan-cos—reza y espera la vuelta del hijo querido, y después resbala sobre las medallas que le honran ante la pa-tria.

La imaginación de la joven mui-chacha atraviesa países exóticos y visita al príncipe de sus sueños mo-dado en su brioso corcel, y luego ésta cae repentinamente sobre el blanco lienzo en que borda unas flores.

La del poeta se desliza suave a los mares, donde busca a las sirenas, que con sus voces celestiales embriagan su cerebro y luego dan encanto a la letra de sus versos.

La del médico penetra en el cuer-po de sus enfermos y escucha de cerca el latido de su corazón y ob-serva la fuerza de su cerebro.

¿Cuándo recibió la imaginación el bautismo del aire?

¿Cuántos millones de horas tiene en su carnet de vuelo? ¿Dónde se encuentra la meta final para sus alas mágicas, que sondean sin descanso el infinito? Estas preguntas son tam-bién de las que no han tenido, tuer-ni tendrán contestación jamás.

VÍCTOR ANDRÉS

Cuidado con los enfriamientos



Al estornudar

o sentir dolor de cabeza tome

Instantina

que corta los resfriados y sus dolores.

Consulte con su médico

Aprobado por la Censura Sanitaria N.º 1493

Angustia en el aire

(Viene de la página 16.)

ta el diálogo. Lo que permite a Malby y Peter descubrir los rostros cada vez más nerviosos y pálidos de los pasajeros.

Ahora, uno de ellos dice, augur: —Volaremos hasta que se nos agote la gasolina. Luego Dios dirá.

—A él debemos encomendarnos todos.

La voz del reverendo silencio solemne la escena.

Mientras, en el aire del aeródromo, con ronroneo furioso, el aparato gira y gira, incansable.

En la cabina de mandos, el piloto, trasudado y febril, cambia rubios cabellos en blancas hebras.

El ruido del motor acaba por crispar los nervios de la mayoría del pasaje. Malby, ya temerosa de la muerte, descubre que sólo el Padre y Peter conservan su imperturbabilidad. Hasta la vieja Silvia ha reaccionado al lúgubre al aletear de la Señora.

Y la cobardía, ante el supremo

trance, convierte a los seres en marionetas torpes, que se sientan, se levantan, avanzan a la cabina de mando, azacanean allí, protestan, gimen, gritan, maldicen.

Y es Malby quien, pueril, se acerca al cobijo de Peter para susurrar: —¿De verdad hemos de morir?

—¿Lo teme ahora?

—Sí.

—¡Bah! Será una breve pirueta. Terminaremos pronto.

—¿Por qué lo dice tan frío? ¿O es que no le apesadumbra abandonar la vida?

—Más que nunca. Antes no la conocía a usted. Pero es estúpido sublevarse contra lo inevitable.

Las últimas palabras de Peter resuenan férreas en el silencio nuevo. Los motores del mastodonte, faltos de esencia, se han parado con lúgubre silbido.

Malby, temerosa y niña, interpela: —¿Y ahora?

—Ahora, lo definitivo.

Withe, desvaído y gelatinoso, observa:

—Señores: el patrón va a pretender aterrizar sobre el vientre del aparato. Aférrense todos a los asientos y que Dios se apiade de nosotros.

—Que Dios disponga en sus altos

destinos—dice el reverendo, mientras envuelve a todos con el manto amoroso de la cruz.

Malby ruega a Peter:

—¿Me quiere usted abrazar? Tengo miedo a morir sola.

Sonríe el hombre:

—Lo haría con mil amores. Pero necesitamos de nuestros brazos. Sujétense al asiento, cuando yo le diga, con todas sus fuerzas. Al vacío las piernas, también a mi aviso. Que el asiento de enfrente no las pueda cortar. La cabeza segura y firme; del cristal de la ventanilla no se preocupe, no saltará.

El aparato ya baja, tétrico, sobre los tejados. El terreno parece avanzar sobre el avión. En el interior de éste el silencio es ahora sepulcral. Sólo el rezo del reverendo vibra monótono.

Peter, en el momento preciso, advierte a Malby:

—¿Preparados?

—Preparados.

—Pues hasta luego, o hasta nunca.

Una sutil alegría y confianza hace decir a la voz femenina:

—Hasta luego...

Y la voz en interrogante parece buscar un nombre. Que el varón da:

—Peter.

—Hasta luego pues, Peter.

—Hasta luego, muñeca.

El piloto sitúa el mastodonte en horizontal casi con el suelo. Firme y sereno en el instante definitivo, consciente de las vidas que dependen de su pericia. Y en incomparable destreza toca con el vientre del avión el campo de aterrizaje. Poderoso y sobrehumano, sostiene la tensión y el pulso, obligando al aparato a resbalar por la pista. Luego, un ruido bárbaro y metálico es lo último que percibe el aeronauta.

Lo demás lo sabe el piloto en el hospital del aeródromo. Allí voces entusiasmadas narran la proeza incomparable del aterrizaje sin vuelco. Dos son las preguntas del herido:

—¿El pasaje?

—Todo ileso.

—¿El aparato?

—Deshecho el piso, rota la hélice y ligeramente abollada la cabina de mando.

—¿Mj cabeza!

—Eso es lo peor. Tiene usted para un mes por lo menos.

Cuando Peter se despide de Malby, dos horas después del suceso, sólo la dice:

—Adiós, Malby, si no quiere usted nada de mí. Le ruego que me avise si pretende volver a suicidarse. Resulta muy emocionante.

Concede ella, extraña:

—Entonces, ahora mismo.

El desconcierto le hace inquirir a él:

—¿Pero se obstina?

—Sí; más ahora en definitiva.

—¿Está usted loca, muchacha?

—Sí; por un hombre.

Hosco, afirma él:

—Ya lo sé.

—No me comprende. Fíjese, por un hombre.

—¿Muchacha?

—¿Y qué te parece el Padre que ha venido con nosotros? ¿No crees que tiene una voz muy dulce para los momentos solemnes?...

Sucedió en la línea aérea Nueva York-San Francisco. En una mañana marcera del año de gracia de 1942.

F. HERNANDEZ CASTANEDO

HUMOR



SING-SING

—Aquel día el juez estaba de buen humor y en lugar de condenarme a la silla eléctrica me condenó a la mecedora.



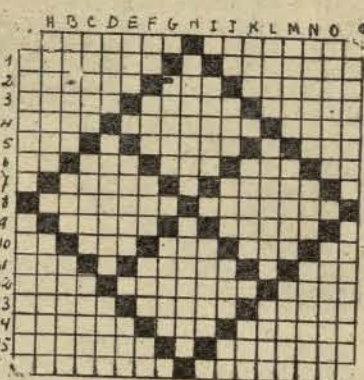
EQUIVOCACIÓN

—Yo soy el muerto, pero como me parezco mucho al asesino, han habido una equivocación y me han condenado a veinte años de cárcel.

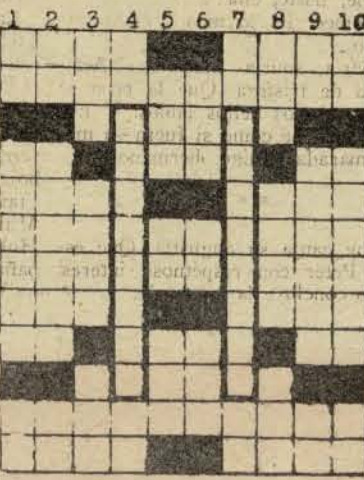
CRUCIGRAMAS

HORIZONTALES: 1. Golpes que se dan con el remo en el agua; Marcas en las prendas.—2. Ser gruesos; Furia de los elementos; Cortaba ramias superfluas.—3. Al revés, telas con hilos de oro y plata; Halago con fin interesado; Para limpiar metales.—4. Al revés, nombre de mujer; Sin cordura ni juicio; Nombre de mujer.—5. Consonante, vocal y consonante; Cita o trae a su favor; Preposición.—6. Ser el primero; Parte del cuerpo de algunos animales; Reza; Acusada; Consonante y vocal.—7. Puesta de un astro; Sementera de maíz.—8. Causa criminal; Valle de la provincia de Santander.—9. Cueva donde vive un plantigrado; Envases.—10. Al revés, nota; Nombre de mujer; De modo contrario al debido; Existir; Negación.—11. Al nivel; Huesos del pie; Astro.—12. Cóleras, enojos; Gabán largo; Nombre de mujer.—13. Máquina hidráulica; Papagayos; Fruto de color amarillo.—14. Comunicámelo, al revés; Noticia, fama de una cosa; Labor difícil.—15. Habitaciones grandes; Arrendatarios.

VERTICALES: A. Relatos falsos o imaginarios; Linternas.—B. Que no han sufrido daños; Metal; Al revés, percibirás el perfume.—C. Al revés, caminan; Ataqué; Nombre de varón.—D. Adverbio de cantidad, al revés; Felicitación; Presto.—E. Artículo, plural; Orilla de la calle; Nombre de letra en plural.—F. Existe; Parte del cuerpo de un ave; Plantigrado; Adverbio; Afirmación.—G. Persona a quien se tributa una especie de culto; Que no son buenos.—H. El que lleva la cruz en ciertas ceremonias; Babadores.—I. Llena de charcos; Metal.—J. Consonante; Poema; Adverbio; Auxilio; Consonante y vocal.—K. Al revés, nombre de consonante en plural; Movimientos de la boca que denotan alegría; Preposición.—L. Edades; Parejas muy...; Tonto.—M. Al revés, sitio donde se suele acudir; Descender; Arboles.—N. Al revés, graciosa; Vocal y consonantes; Nombre de mujer.—O. Segunda hoja que cría la morera; Hombres muy grandes.



HORIZONTALES: 1. Nombre que se daba a los primitivos poetas de Grecia; Jefe de distrito árabe.—2. Gusano que se cría entre cuero y carne.—3. Artículo.—4. Conjunción; Diptongo; Letras de "Nata".—5. Planta umbelífera; Antiguo título de dignidad francés.—6. Letras de "Cobos"; Creencia; Santón de Suiza.—7. Vocales; Al revés y repetido, extraña; Lugar de la provincia de Zaragoza.—8. Letras de "Rulo"; Al revés, villa de Lérida.—9. Diptongo; Letras de "Lia"; Para parar la reata.—10. Nota.—11. Primer rey de Francia.—12. Primogénito de Isaac



y hermano de Jacob; Dios mitológico.

VERTICALES: 1. Al revés, entrega; Timbal usado en las antiguas caballerías; Letra.—2. Terminación verbal; Incapaz de guerrear, de defenderse; Campeón.—3. Al revés, villa de Burgos; Diosa mitológica egipcia; Reza.—4. Al revés, partícula que indica incredulidad o negación; Materia colorante de la zanahoria; Letras de "Luz".—5. Arbol de América el cual destila goma; Nota; Hojas jóvenes del Baobab.—6. Nave; Terminación verbal; Letras de "María".—7. Letras de "Cae"; Planta muy común de un olor fétido; Diptongo.—8. Juego de naipes; Cada uno de los pinchos del erizo; Letras de "Lego".—9. Artículo; Célebre eunuco, tesoro, embajador y general de Justiniano I, en el siglo vi; Letras de "Nilo".—10. Agorero que adivina por agujeros; Vocal repetida.

Soluciones del número anterior

HORIZONTALES: 1. Lazrot.—2. Delambre.—3. Rima; Rana.—4. Evas; Oege.—5. Li; Es; Ar.—6. Nuncupativos.—7. Oci; DR; Ibi.—8. Edén; Allí.—9. Saro; Sala.—10. Derivar.—11. Sumir.—12. Lema; C; Eres.—e. Alas; U; Noru.—f. Za; EPD; Im.—g. RM; Sar; Vi.—h. Obró; T; Asar.—i. Trae; I; Lar.—j. Engavilla.—k. Aerobia.—l. Si.

VERTICALES: a. No.—b. Relas.—c. Divinidad.—d. Lema; C; Eres.—e. Alas; U; Noru.—f. Za; EPD; Im.—g. RM; Sar; Vi.—h. Obró; T; Asar.—i. Trae; I; Lar.—j. Engavilla.—k. Aerobia.—l. Si.

HORIZONTALES: 1. Amaina; lanega.—2. Ratificadoras.—3. Asno; Ron; Sisa.—4. Mía; Telas; TET.—5. Fa; Sal; Ro.—6. Serón; poned.—7. Sitan; Balón.—8. Orate; Poder.—9. Na; Más; Me.—10. Iba; Solas; Sin.—11. Malo; Tan; Rico.—12. Asociamientos.—13. Celais; Arrasa.

VERTICALES: A. Aromas; Caminé.—B. Manifestábase.—C. Asta; Ria; Lola.—D. Ita; Potro; Oca.—E. NF; Nao; II.—F. Aires; Sotas. G. Colas; Malas.—H. Fanal; Manía. I. Da; Dar; Er.—J. Nos; Pelea; RNR.—K. Tiré; Don; Sita.—L. Gastronómicos.—M. Potasa; Penosa.



CIRCO

La domadora. Como la piel del león la hemos mandado al tinte, el león trabajará hoy sin piel.



—Oiga: ¿La Jefatura de Policía? Aquí, el inspector Brown. Acabo de capturar al temible bandolero "Carra de Tigr".



—¿Si el público me tira cosas yo puedo hacer igual!...

ANGUSTIA EN EL AIRE

—Asiento número quince.
James Withe, el bruno "steward" o acomodador del avión, comprueba la exactitud de la cifra. Luego, se acerca al caballero que en la última fila ocupa el expresado asiento:
—Señor: ¿me permite su billete?
El requerido contempla ante sí y de pie al negro servidor, en primer plano, y en inmediato segundo término a la gentilísima viajera. Y, cor-tés, se yergue rápido:
—¿He usurpado, tal vez, su asien-to, señorita?
Malby Radford, acre, sin deseos de entablar conversación, contesta:
—Al parecer.
—Sí, caballero—confirma el "ste-ward"—. El asiento de la señorita es el de la ventanilla, y el suyo el otro.
—Gracias. Mil perdones, señorita.
Otra vez es seca la contestación femenina:
—No merece la pena.

Segundos después, la puerta del fuselaje del Douglas se cierra silen-te. Los motores rasgan, fragorosos, el aire. Y el mastodonte se desliza ya por la pista, potente y vibrátil, hasta que al fin despegá, para co-menzar, seguro y aligero a pesar de su mole, el vuelo.

Peter Petersen pretende iniciar la charla con su bella compañera de viaje.

—Señorita: ¿un cigarrillo?
Malby, abstraída en azabaches pen-samientos, no alcanza el significado de la invitación. Que sólo descubren sus ojos ante el gesto amable del pa-sajero, que la ofrece su pitillera. Pero, obstinada la muchacha en su ansia de mutismo, elude:
—Gracias; no fumo.

Peter Petersen, no insiste. El acen-to de la encantadora desconocida es un decidido punto y final para el pre-ludio amistoso.

Malby resucita ahora para su do-lor el recuerdo de su gran tragedia: rememora con emoción su ya muerto mundo de las ilusiones, ese gran mundo de fantasía que aun la mujer más ignota y puras de su corazón. Vuelven nuevamente a cobrar plena y álgida realidad las incomparables horas discurridas al lado del amado, del hombre que supo herir las más íntimas fibras femeninas del alma, del ser que supo ser junto a Malby mu-ñeco y juego, camarada y superhom-bre. Y vuelven en retrospectiva visión a surgir paisajes, escenas, momentos de espléndida armonía espiritual.

Malby no se percató de que no está sola. Por eso da espasmos a su pena infinita. Un suspiro suave, abre pórtil a dos sinceras lágrimas.

Peter Petersen, asiste, emotivo y extraño, al proceso psicológico de la muchacha. Tal vez en algún instante resuelva intervenir. Pero corta su de-cisión la seguridad de hacer surgir el rubor femenino.

Malby, desde la inmensa altura, contempla, filosófica y amarga, el paisaje. Los ojos femeninos analizan la tierra, en donde las ciudades se ofrecen como un almacén cuajado de vulgares y discontinuos cajones, y los campos, como un desacertado e im-presionista cuadro pleno de colores primarios.

Pero en ciudades y campos Malby descubre la sonrisa del amado. La suave, sibilina, cínica sonrisa. Y lue-go ésta da paso al rostro del virilo que soñó riquezas con doloso y frío enlace matrimonial.

Luego, otra vez, allá, en el fondo del paisaje, surge para Malby todo el ayer feliz y el hoy luctuoso.

Es entonces cuando ella piensa en la muerte. Una ráfaga de locura vela la clarividencia del cerebro. El dolor insuperable debe ser roto para siem-pre.

Se dilata en el espíritu la pugna. El instinto de conservación canta al alma abatida la ilusión del futuro: todo se olvida en la vida; nada sub-

siste y permanece por toda una eter-nidad; nuevos rumbos y nuevos ho-rizontes de gloria se abrirán frente a su juventud.

En la lucha, el conturbado ánimo de Malby busca reposo en la paz del tabaco. Las manos femeninas extraen de la pitillera un cigarrillo que la muchacha lleva, inconsciente, a la boca.

Peter Petersen, amable, la ofrece fuego.

Cogida en fraude, Malby se rubo-riza. Y vuelve sus ojos, ahora para

—Y de Dios; de Dios antes, mu-chacha.

El nombre angusto ofrece a Mal-by la intensidad innoble de su acto. Y acongojada, lleva las manos al ros-tro. Así, solloza en silencio.

Peter, deja que la chiquilla se des-ahogue. Y cuando lo estima con-veniente, inquiere:

—¿Tan invencible es su angustia?

Malby, tras breve pausa, exclama, serena:

—Supongo lo que pensará de mí. Todo lo merezco. Ha sido una torpe

del hombre fluye emotiva, pero firme. Hay en ella una verdadera canción de vida, de impetu, de juventud. Y hay, sobre todo, una suave ironía que abate al suelo para siempre el ídolo innoble de Malby.

Ello lo descubre Peter cuando nace a borbotones la risa de la muchacha.

Mientras, el avión vuela sobre las montañas rocosas. Los pasajeros con-templán extasiados las enormes mo-

restantes pasajeros, tal vez magna-tes, ladrones de guante blanco, esta-fadores sutiles o afortunados traba-jadores del arte, entretienen el ocio de una manera más o menos inocente.

El avión, con el conglomerado de humanidad, continúa su sereno y ar-monioso vuelo.

El piloto del aparato, Howard Kennedy, percibe ante sus ojos el aeródromo de Fresno, etapa del vuelo. Juegan los mandos que hacen per-der altura a la mole. Luego, el piloto pulsa la palanca de extensión del tren de aterrizaje. Pero ésta no responde.

Un frío sudor perla la frente del icaro. Que, nervioso, presiona otra vez la palanca con idénticos resulta-dos: el tren retráctil no recobra la posición de aterrizaje.

Otra, y otra y otra prueba. Segui-das todas de impresionante fracaso. El piloto vuelve, ya sobre el aeródro-mo, a tomar altura. Ello percata a los pasajeros de la existencia de algo anómalo. Ráifagas cada momento más intensas de inquietud, nacen en éstos.

Minie Waldie, la estrella de la pan-talla, inquiere a Withe:

—¿Por qué no aterrizamos? ¿Pasa algo?

El negro, trémolos en la voz, con-testa:

—No sé, señorita; es raro, pero no sé. Preguntaré.

En la carlinga, Withe recibe ex-plicación que le aturde. Con el te-mor reflejado en su bronceado ros-tro, advierte a los pasajeros:

—Señores, el tren de aterrizaje no funciona. Cobremos altura hasta que se repare.

Las palabras temblorosas del fá-mulo hacen brotar en el auditorio disparas reacciones: Minie, sufre un ataque de nervios. Winston Jr., en vez de acudir en su socorro, parece, al mirar por la ventanilla al espacio, calcular el golpe probable; Percival se aferra a su asiento; el reverendo se hunde en su libro de oraciones, y la vieja Silvia se regocija, emocio-nada. Los demás, coinciden en una estúpida y aturrida actitud.

Sólo dos personas aparecen des-preocupadas del momento: Malby y Peter. La primera ha recibido estoi-ca la noticia. Y Peter, con los ojos fijos en su compañera.

Es él quien habla:

—Tal vez tenga aquí su gran oca-sión, muchacha. ¿Ve cómo la impa-ciencia nunca es conveniente?

—¿Cree usted que nos estrella-remos?

—Si el tren retráctil no funciona ahora, ¿por qué ha de hacerlo des-pués? La rotura está en el exterior. La produjo, con toda seguridad, el golpe de antes.

—¿Y entonces?

—¿Qué le importa eso? Tal vez, sea lo que usted buscaba.

—Pero que ya no busco.

—Tibia desesperación, luego, la suya. Sin embargo, de haber viajado por la ventanilla no hubiera tenido remedio.

—Lo sé, pero ahora es ya diferente.

—¿Por qué?

—No sabría decirlo. Tal vez por-que sus palabras me han mostrado nuevas facetas de vida.

—¿Ahora, que estamos ante la muerte?

—Y usted, ¿no la teme?

—¿Por qué dice eso?

—Por su serena actitud.

—¿Cree que adelantaría mucho con adoptar otra posición?

—No, pero es morir. Y usted no debe quererlo.

—Y no lo quiero, muchacha. Por-que siempre confíe en la vida. Como siempre confío en el mañana.

—¿Aún ahora?

—¿Y por qué no? Todavía no he-mos muerto.

—Es usted admirable. ¿Si yo le hubiera encontrado antes!

Ríe él:

—Nunca es tarde.

—¿Minutos, tal vez, antes de mo-rir?

—¿Y no es esto lo más bello. En-contrar el amor en la antesala de la muerte?

El apogeo del ataque de Minie cor-

(Continúa en la página 15)



eludir la suave sonrisa del hombre, a la ventanilla.

Otra vez ataca el espíritu de la muchacha el dolor de las horas felices perdidas. Y otra vez, ya voz del infierno, susurra en los oídos feme-ninos torvas confortaciones.

Malby se siente ya incapaz de ven-cer la diabólica atracción. El dolor impulsa a la muchacha hacia el acto desesperado. Cada vez con más ahin-co, con más vigor.

Abajo, la tierra parece llamar a Malby. Y ésta, quiere acudir a la llamada.

Las manos femeninas, nerviosas y raudas, pretenden a través del cris-tal abrirse camino al espacio. Pero la eficaz y tranquila intervención de Peter Petersen aborta el impulso.

Las dos acciones son tan rápidas que nadie del pasaje se ha percatado del preludio de tragedia.

Es el hombre el que habla. Para reconvenir, suave, a Malby:

—Absurdo, muchacha. E incluso antiestético.

Malby, en su desesperación, aún pugna:

—Déjeme. Mi vida es mía.

Peter, sus manos todavía sobre las muñecas femeninas, observa, juicioso y emotivo:

decisión de la que ahora me arre-piento. Pero quería morir y lo sigo queriendo.

Hay infinita tristeza en la afirma-ción de Malby.

—¿Qué le pasa, muchacha?

—¿Usted no ha soñado nunca al-canzar una estrella?

La extraña pregunta turba a Peter. Que, confuso, al fin balbucea:

—No sé; tal vez sí, pequeña.

—Pues yo, de mujer, creí haberla encontrado. En la figura de un hom-bre. En ese hombre ideal que en nues-tras horas de más fecunda fantasía soñamos todas las mujeres. Pero mi príncipe resultó ser un poquito del barro más hediondo y deleznable.

—¿Y por ser él barro usted ha que-rido hacerse polvo, pequeña?

Sonríe, triste, ella:

—Bromea. Es lo menos malo que merezco.

—Sonríe, sonríe, muchacha. Aun-que sea de tristeza. Que la pena se escape por esos bellos labios. Y há-bleme, hábleme como si fuera su me-jor camarada, amigo, hermano.

Malby canta su angustia. Que es-cucha Peter con respetuoso interés. Cuando concluye la muchacha, la voz

les graníticas, verdaderas garras de la tierra, que pretenden abatir y des-menazar el gigante del aire.

A la salida de la cadena monta-ña, al entrar en un mar de nubes, un seco y poderoso golpe exterior en el aparato preocupa a los aeronautas.

Miss Silvia Lowe, multimillonaria, setentona y hueca, inquiere al "ste-ward":

—Mozo, ¿qué ha sido eso?

Con voz dubitativa, el negro Wi-the, replica:

—¡Ooh! no sé. Preguntaré al pa-trón.

Vuelve pronto con la respuesta:

—El piloto supone que algún águi-la se habrá tirado contra el aparato. Rezonga, mis Lowe:

—Deberían multarla. ¿Quién la au-toriza a turbar el tráfico?

La momentánea alarma desaparece. Todos los pasajeros vuelven a sus ocupaciones: la vieja miss Lowe a dormir, el reverendo Paterson a su libro de oraciones; Farwey, el rey de la publicidad, a sus fantásticos proyectos; Mr. y Mrs. Percival a hojear la Prensa. Withe a hacer so-litarios, junto al cuartito de aseo; Minie Waldie, la última estrella de Hollywood, a coquetear con su acom-pañante, el sanguíneo, apoplético y multimillonario Winston Junior. Los

T A J O

SEMANARIO ILUSTRADO

Alcalá, 128 - Tel. 58192

M A D R I D

Ayuntamiento de Madrid